



HAL
open science

Introducción

Olivier Barbary, Fernando Urrea

► **To cite this version:**

Olivier Barbary, Fernando Urrea. Introducción. Gente negra en Colombia : Dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico., 2004. hal-02479958

HAL Id: hal-02479958

<https://hal.science/hal-02479958>

Submitted on 14 Feb 2020

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

INTRODUCCIÓN

Olivier BARBARY, Fernando URREA

Este libro va dirigido a múltiples audiencias. Desde el sector científico académico, incluyendo docentes, estudiantes e investigadores, hasta las organizaciones sociales y políticas orientadas a impulsar procesos de transformación de las condiciones de vida de las poblaciones afrocolombianas, y luchar contra el racismo y la discriminación en sus diversas manifestaciones, sin olvidar por supuesto los responsables de instituciones públicas, privadas o de Ong encargados, con distintos niveles de responsabilidad técnica o política, de manejar información y tomar decisiones de planeación y acción económicas, sociales y culturales. Sabemos que su contenido es polémico, tanto en términos de la perspectiva científica asumida, como en las consecuencias éticas y políticas que puedan desprenderse de algunos de sus análisis. Sin embargo, a pesar de estas implicaciones, el objetivo del libro es ante todo científico, como ha sido el de los dos proyectos de investigación de los cuales resulta. En ese sentido, en ningún momento hicimos parte de los discursos políticos de los movimientos sociales y las organizaciones étnicas, los cuales si bien poseen una legitimidad propia a partir de los procesos objetivos y subjetivos que los generan y en los cuales también, a veces, los académicos e investigadores toman cierto papel protagónico en su producción, no pueden configurar ellos mismos el análisis científico. Este último requiere de una dosis permanente de crítica reflexiva, que permita tomar distancia respecto a los discursos de los actores, para poder, primero, estudiar los procesos contemporáneos ‘objetivos’, sociodemográficos y socioeconómicos, que caracterizan esas poblaciones y, luego, conocer mejor las lógicas sociales de la emisión de tales discursos, de la elaboración de sus contenidos y los contextos específicos en los que se inscriben.

Obviamente, los grupos o sectores sociales que se desempeñan como actores individuales y colectivos de dichos movimientos y organizaciones, no necesariamente basan su reflexión y acción en una elaboración científica conciente, ni se puede tampoco pretender que ello sea así (ver al respecto los capítulos 5 a 10, y su discusión en la sección 3

de la presente introducción): las elaboraciones ideológicas y valorativas de los discursos étnico-raciales tienen su legitimidad en el campo de la acción política, que no se puede cuestionar solamente desde una perspectiva científica. En esto el aporte de la investigación es más bien contribuir, con elementos analíticos apoyados en la recolección rigurosa de informaciones empíricas, a que se problematicen las visiones facilistas del sentido común y los discursos fundamentalistas que corren el riesgo de producir nuevos racismos, y de esta manera ayudar modestamente a sofisticar el discurso ideológico y reformular las propuestas políticas, por ejemplo, en materia de combatir la discriminación racial y conquistar los derechos de ciudadanía plena. Pero, si esta postura es la que nos ha permitido conservar la independencia y la capacidad crítica necesarias al avance de las ciencias sociales, condición indispensable del trabajo intelectual responsable, no nos ha impedido, por otro lado, mantener un constante diálogo con las organizaciones étnico-raciales de distinto nivel y llevar los resultados a sectores de las poblaciones afrocolombianas, además de integrar en el equipo a jóvenes investigadores e investigadoras afrocolombianos(as), que se configuren como potenciales intelectuales, incluyendo el nivel de los liderazgos locales con o sin formación universitaria. Al concluirse la experiencia, seguimos considerando que nuestro trabajo, en una perspectiva weberiana, es de tipo científico, pero que también ha logrado, como se verá a lo largo de todo el libro, no eludir las implicaciones y debates políticos.

Esta introducción se compone de cuatro grandes secciones. La primera, apunta a resaltar las características analíticas y metodológicas de los artículos del libro que lo diferencian de otros estudios afrocolombianos. La segunda, hace la presentación de la primera parte del libro, los capítulos que estudian los procesos ‘objetivos’, sociodemográficos y socioeconómicos. La tercera, introduce los capítulos más dedicados a las temáticas identitarias, que conforman la segunda parte del libro. La cuarta sección aborda el acercamiento estadístico de la variable “étnico-racial”. El contenido de esta sección, de corte teórico y metodológico, se hubiera podido integrar a la primera, pero preferimos presentarla aparte. La razón de esta ubicación un poco extraña, además de facilitar la lectura de un texto extenso y un poco técnico, es que se discuten en esta sección asuntos que han sido objetos de una constante reflexión a lo largo de nuestra investigación y cuyo resultado final, presentado aquí, es de mucha

importancia para la comprensión del conjunto del libro; por ello, nos pareció mejor que el lector asimile su contenido justo antes de abordar los diferentes capítulos. A modo de síntesis, los párrafos finales esbozan las ambigüedades de las políticas “étnico-raciales” en Colombia.

1. Un acercamiento diferente a la población afrocolombiana: elementos para un debate científico

Presentamos aquí un producto colectivo que no es simplemente el agregado de una colección de artículos sueltos, solamente referidos a una misma temática. Más bien, es el resultado de una selección y adecuación de textos, algunos que han sido elaborados especialmente para el libro, otros ya preexistentes pero que no habían sido difundidos anteriormente en español y cuya traducción ha sido la ocasión de un importante trabajo de reescritura para lograr un conjunto articulado de manera que, a nuestro juicio, forma un todo coherente.

La principal característica del texto en su conjunto es que todos los capítulos, comenzando por la introducción, apuntan a ciertos núcleos temáticos centrales alrededor de la problemática de las poblaciones negras en la sociedad colombiana contemporánea, en diferentes dimensiones sociodemográficas, socioeconómicas, culturales y políticas. El título del libro establece el marco geográfico en el que se llevó a cabo el programa de investigación Cidse-Ird, el cual explica el énfasis empírico e interpretativo puesto sobre el eje espacial Cali-Pacífico sur y otras regiones que intervienen en la dinámica de movilidad espacial alrededor de ese eje, con epicentro en la ciudad de Cali y su entorno metropolitano (los capítulos 1, 2, 4 y 7 muestran, en diferentes planos y escalas, el conjunto de esa gran ‘región Pacífico’). Todos los capítulos, con excepción del primero y el quinto¹, se mueven primordialmente en el análisis empírico de los espacios que conforman ese eje en sus diferentes dimensiones urbanas o rurales, locales, micro regionales o regionales. No obstante ese énfasis, que le da un carácter de estudio regional, el libro desarrolla además un análisis más amplio y ambicioso en una perspectiva comparativa futura, en la medida en que ya coloca una serie de pistas para entender la problemática de la población afrocolombiana en otras

¹ El capítulo 1 aporta elementos demográficos contextuales a nivel urbano-regional y nacional, insistiendo especialmente en las características del eje regional Cali-Región Pacífico, pero sin entrar en un análisis en el interior del mismo. El capítulo 5 es de corte más teórico.

regiones del país. Por eso podemos decir de entrada que nuestro “objeto regional” también juega afortunadamente como pretexto para repensar la situación y las dinámicas contemporáneas de las poblaciones afrocolombianas a escala del país. De esta manera, si se quiere un estudio comparativo con poblaciones negras de otros países latinoamericanos, especialmente Brasil, Venezuela y el Caribe, los resultados empíricos y analíticos aquí reunidos constituyen buenas bases sobre su situación en Colombia.

Ubicado su marco geográfico y problemático general, puede decirse que es un libro trabajado para mostrar un enfoque analítico y metodológico novedoso que pretende abrir varias discusiones. El debate teórico y metodológico sobre el estatuto de la cuestión “étnica y racial” en las sociedades contemporáneas, por ejemplo, atraviesa la obra con discusiones de diversa índole: algunas más teóricas, como las de Restrepo en el capítulo 5, con el que los editores no suscribimos todos los puntos de vista expresados; y otras de corte más metodológico en la misma introducción o empírico a lo largo de los capítulos 1, 3, 6 y 10, las cuales sí conforman una interpretación más compartida en el interior del equipo de investigación. Pero se trataba que afloraran matices conceptuales e, incluso, elementos de polémica sobre el tema de quizás mayor importancia del estudio. El libro contiene también desarrollos teóricos relacionados con los problemas de clase, raza y etnicidad en la sociedad colombiana y regional, al igual que hay una mirada de los procesos de urbanización y formación de dinámicas regionales, los cuales deben ser sometidos al debate académico.

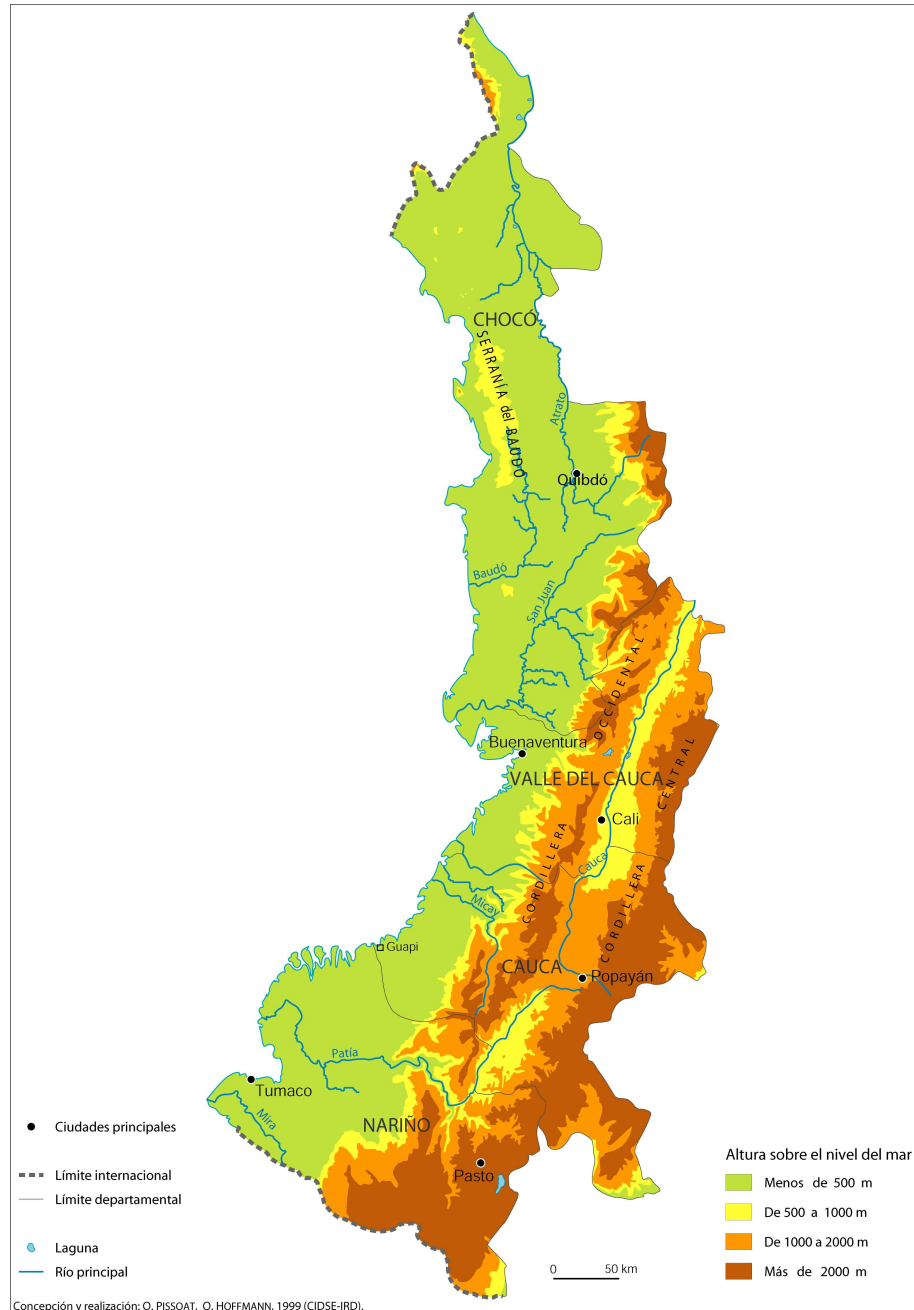
- ***Espacios y herramientas de la investigación***

La figura 1, presentada a continuación, recoge en forma sintética los espacios geográficos y las temáticas del proyecto Cidse-Ird y este libro, así como las principales fuentes de información utilizadas. Como lo hemos dicho, el eje geográfico principal Tumaco-Cali se enmarca en el contexto más amplio del Pacífico sur, incluyendo otros territorios conectados a este eje por importantes flujos migratorios, como la región del Patía y la del norte del Cauca, los centros urbanos de Buenaventura y Guapi, el Departamento del Chocó y, en conjunto, los territorios “rurales” de los ríos en el Pacífico sur. De modo complementario, para visualizar mejor el eje Cali-Pacífico sur en el marco de los tres Departamentos en

los cuales se extiende (Valle del Cauca, Cauca y Nariño que conforman la llamada región del suroccidente, incluyendo a la vez el Pacífico sur), incluimos los mapas de la geografía física del Pacífico (mapa 1) y la división político-administrativa de la Costa Pacífica (mapa 2). Respecto a la ciudad de Cali, epicentro de la migración de poblaciones afrocolombianas procedentes del Pacífico sur, norte del Cauca, sur y centro del Valle del Cauca, y en menor escala del Pacífico norte (Departamento del Chocó), el lector puede orientarse por el mapa de barrios de la ciudad (mapa 3), donde se señalan algunos de alta concentración de población afrocolombiana, particularmente en los que realizamos un trabajo de terreno intensivo. Ellos están situados en la región más oriental de la ciudad, delimitada por la Avenida Simón Bolívar, que constituye el conjunto de comunas del Distrito de Aguablanca (comunas 13, 14, 15) más el área de expansión de la urbanización Desepaz (comuna 21)¹.

¹ En realidad, la región oriente de la ciudad cubre también otras comunas en la parte norte: 6 y 7, y la 16 en la parte sur. En todas ellas se presentan importantes concentraciones de población afrocolombiana. Como segunda área de presencia de esta población se encuentra la región centro-oriente, correspondiente a las comunas 4, 5, 8, 11 y 12 y barrios en la parte norte de la comuna 9.

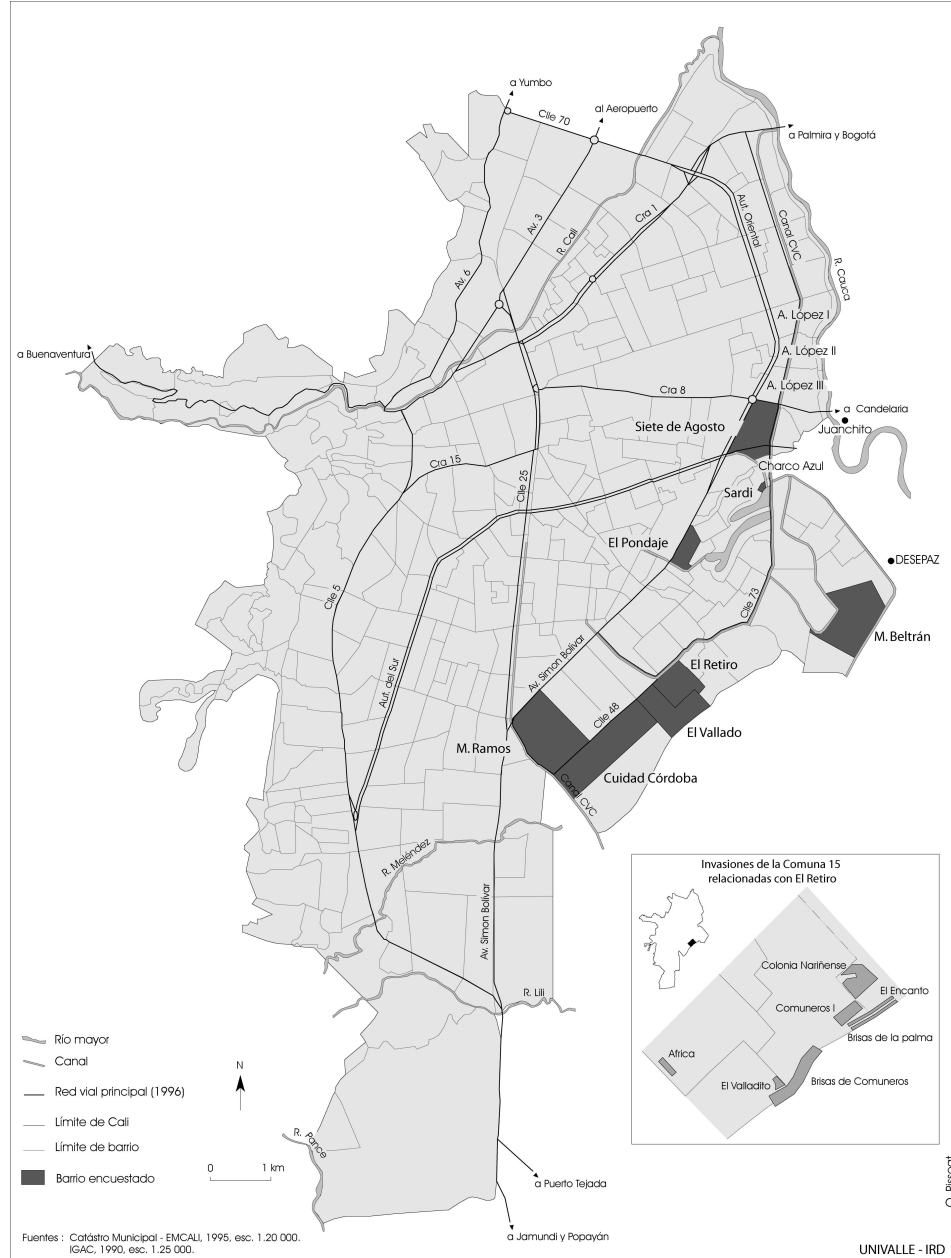
Mapa 1: Geografía física de los cuatro departamentos del Pacífico



Mapa 2: División político-administrativa de la Costa Pacífica



Mapa 3: Barrios de la ciudad de Cali

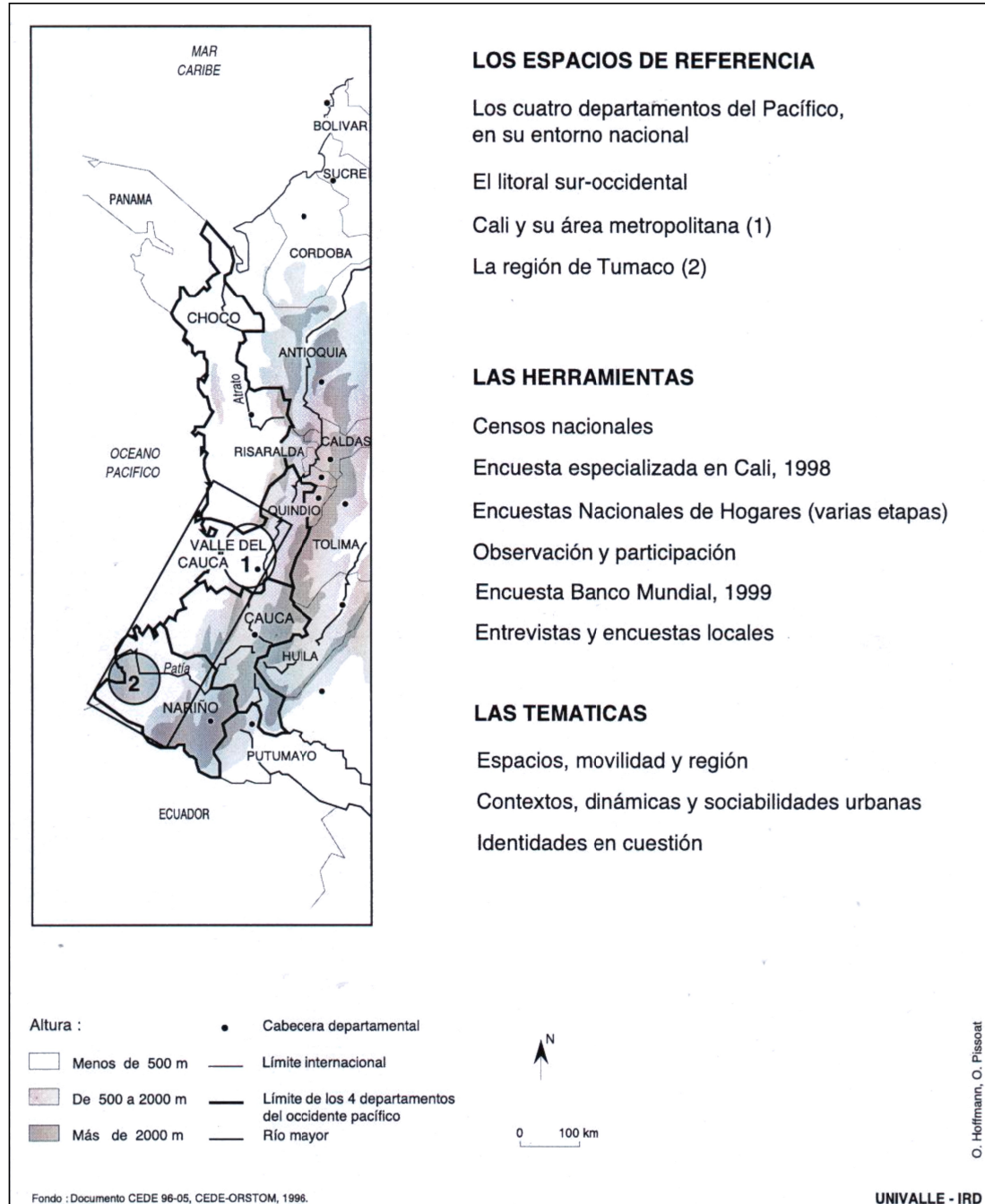


Las herramientas con las que se trabajaron a lo largo del proyecto han sido cuantitativas y cualitativas. En las primeras se señalan los censos de población, especialmente el de 1993, la encuesta especializada Cidse-Ird, aplicada en Cali entre mayo y junio de 1998, las encuestas de hogares del Dane (varias etapas), y la encuesta especializada del Cidse-Banco Mundial en Cali para septiembre de 1999. En las herramientas cualitativas sobresalen la observación y participación etnográfica, entrevistas en profundidad y encuestas locales semiabiertas.

Las tres temáticas (figura 1) agrupan los principales resultados de los capítulos del libro con los siguientes tópicos:

- Patrones demográficos y socioeconómicos de las poblaciones afrocolombianas y no afrocolombianas urbanas y rurales; se presenta una perspectiva comparativa entre Cali y otras zonas del país con alta concentración de población negra y el total nacional urbano (capítulo 1).
- La movilidad espacial y social de las poblaciones afrocolombianas en el eje geográfico Pacífico – Cali (ríos-ríos, ríos-ciudad de Tumaco, ríos-Cali, Tumaco-Cali, ríos o Tumaco hacia otras áreas) y las formas de inserción en Cali (capítulo 2).
- Segregación residencial de la población afrocolombiana en Cali (capítulo 3).
- Dinámicas territoriales, espacios y conformación de una sociedad regional en el Pacífico sur (capítulo 4).
- Prácticas culturales y procesos de construcción de nuevas identidades “étnico-raciales” en poblaciones afrocolombianas rurales y urbanas (capítulos 6, 7, 8, 9 y 10).
- Procesos de organización étnica-territorial y participación política a partir de los nuevos discursos identitarios y la legislación multicultural existente (capítulos 4, 7, 8, 9 y 10).

Figura 1 - Espacios, herramientas y temáticas de la investigación



- ***De la mirada culturalista a una perspectiva materialista de los procesos “étnico-raciales”***

De entrada, es importante señalar que la perspectiva analítica que orientó el trabajo científico fue un acercamiento diferente a la orientación teórica que tenían los modelos culturalistas predominantes en las ciencias sociales colombianas. Estos modelos, mediante diversas nociones de la categoría de cultura derivadas de la tradición culturalista norteamericana dominante hasta los años 60 en el país, han construido grupos sociales homogéneos en términos de comportamientos colectivos y diferenciados para cada grupo, que se orientan por una normatividad valorativa (normas, valores, cosmovisiones, etc.). Estos comportamientos y normatividad proceden a su vez de una identidad esencialista de los grupos que pervive a lo largo de la historia, apoyada en dos elementos sustantivos: a) una ancestralidad a-histórica, el supuesto que los descendientes sucesivos de un grupo humano van conservando comportamientos relativamente “puros” a lo largo de la historia; y b) la difusión cultural, entendida por Herskovits (1941) como el fenómeno de difusión de esos comportamientos y normas a través de quienes la comparten trasladándola a otros espacios territoriales, en la medida en que ellos se desplacen voluntaria o involuntariamente. En el caso de las poblaciones afro americanas, las condiciones de ancestralidad y difusión cultural se dan independientemente de otros procesos socio-históricos, y como anotan Agier y Quintín (capítulo 10), mediante el mantenimiento, en el Nuevo Mundo, de “culturas en conserva” procedentes del continente africano¹. De esta forma es sobre valorada la dimensión cultural en la organización social. En Colombia y América Latina, la noción de grupo étnico, como grupo social que comparte homogéneamente unas características culturales permanentes a lo largo de la historia, tiene en cierto modo como principales fuentes conceptuales las de estas corrientes culturalistas.

Los resultados presentados en este libro contradicen este modelo culturalista, ubicándose en una línea más cercana a la antropología social urbana inglesa y la sociología y antropología de las prácticas sociales de

¹ Pero esta es la misma lógica argumentativa respecto a las culturas amerindias, al suponer que, en términos socio-culturales, los pueblos de las sociedades prehispánicas hayan conservado un sustrato esencial relativamente puro o no modificado por las importantes transformaciones que se dieron en las sociedades colonial y republicana.

Bourdieu. El énfasis han sido los procesos sociales contemporáneos, siempre rastreando sus componentes sociohistóricos. Se recupera lo cultural pero formando parte de prácticas sociales ubicadas en sus contextos históricos y que ponen siempre en juego dimensiones objetivas y subjetivas. Asumimos el determinismo social de estas prácticas y una visión materialista compleja de la organización social. El conocimiento científico, si bien está condicionado por este mismo determinismo, tiene posibilidad de producir análisis sobre la sociedad y las prácticas sociales. Mediante la crítica reflexiva de sus propios conceptos y la investigación empírica rigurosa, las ciencias sociales pueden superar el sentido común y los discursos ideológicos de los agentes envueltos en los procesos, para captar las lógicas de los agentes, sus prácticas y los procesos individuales y colectivos. En tal sentido, como se verá en el comentario del capítulo 5, discrepamos con posiciones postmodernas relativistas aunque en ellas hay interesantes acercamientos sobre la etnicidad. Por otra parte, una visión materialista no reduccionista, a diferencia del economicismo predominante en la tradición marxista convencional, conduce a valorar considerablemente los componentes sociodemográficos y socioculturales al lado de los socioeconómicos e institucionales. El conjunto de estos factores objetivos y subjetivos se articulan intrínsecamente, de suerte que la etnicidad, en cuanto depende, como hemos dicho, de los comportamientos colectivos de los grupos sociales y sus prácticas culturales, está inmersa en condiciones sociodemográficas y socioeconómicas históricas y heterogéneas: las clases sociales, el género, el ciclo de vida, la edad y otros factores (por ejemplo, la orientación sexual), entran en la producción de ella y en su segmentación. Los discursos fundamentalistas culturales, en cambio, parten del supuesto de la homogeneidad de estas condiciones para plantear, de forma trascendente a los contextos históricos, comportamientos puros y normatividades ancestrales en las “culturas originarias”; aunque la observación empírica los desmiente.

Nuestra orientación analítica observa las dinámicas culturales bajo el supuesto que ellas resultan de continuos procesos de fusión o mezcla, sin que pueda hablarse de culturas puras u originarias, no contaminadas por otras. En los diferentes contextos históricos hay producciones culturales que se rehacen y transforman continuamente con nuevos sentidos valorativos. Si pudiera señalarse lo primordial de tal enfoque, que

podemos denominar “materialista complejo”, es su particular énfasis por el análisis concreto de las situaciones o contextos nacionales, regionales y locales de la sociedad colombiana en las que está inserta la población negra, sin buscar un sentido esencialista o de orígenes que enfatiza más la tradición cultural como permanente en el tiempo. Así, en el libro se resaltan los procesos históricos de construcción y transformación permanentes que experimenta la población negra, la heterogeneidad de su composición socioeconómica y de sus prácticas culturales y políticas identitarias, en adecuación a las situaciones históricas existentes en una sociedad mestiza y también a las variaciones regionales y locales que matizan el juego de las apariencias fenotípicas. Por ello mismo, también señalamos las importantes continuidades sociodemográficas y socioeconómicas que tiene la población negra respecto al conjunto de la población del país, en el actual nivel de desarrollo de la sociedad capitalista colombiana. En esta dirección, más que diferencias culturales que marcan comportamientos distintos, observamos en los resultados empíricos tendencias similares consolidadas mediante los procesos de modernización y modernidad¹ impuestos a todos los grupos poblacionales del país por el desarrollo del capitalismo a lo largo del siglo XX, y más especialmente después de los años 50.

Ahora bien, como resultado de un largo proceso histórico, las relaciones sociales en la sociedad colombiana contemporánea, al igual que otras sociedades mestizas latinoamericanas (por ejemplo, la brasilera), se encuadran en una jerarquía social racializada, la cual, a pesar de variaciones temporales y regionales, se concretiza casi sistemáticamente en fenómenos de discriminación socio-racial de distintos tipos: residencial, económico y social, cultural y político etc. El punto de vista común en los diferentes capítulos es una perspectiva de análisis de este componente racial de la organización social colombiana, tomando además en cuenta nuevas lógicas étnicas de identificación y diferenciación de las poblaciones que el discurso multiculturalista oficial ha impuesto

¹ Por modernización entendemos los procesos “objetivos” que acompañan el capitalismo como la urbanización e industrialización, al lado de transformaciones institucionales. La modernidad hace en cambio referencia a los procesos “subjetivos” de producción de individuos, a partir de un contexto de relaciones impersonales, en las esferas de la vida cotidiana, pública y privada, con sus manifestaciones en prácticas culturales “modernas” en la vida familiar, en el orden afectivo y erótico, etc. En una dirección similar véase Macionis y Plummer (1999); también Giddens, Bauman et al., Beriain (comp., 1996), y, por supuesto, Elias (1994 [1987]; y 1997 [1977, 1979]) en sus análisis sobre la sociedad de individuos y la individuación.

recientemente en Colombia, primero a través de la Constitución de 1991 y luego, en el caso particular de las poblaciones negras, a través de la Ley 70 de 1993, o Ley de Negritudes.

En varios de los capítulos del libro, el factor racial como generador de desigualdades sociales es resaltado y analizado (capítulos 1 al 4 y capítulo 6). Dicho factor interactúa casi siempre con las dimensiones de clase, género y edad para producir desigualdades socio-raciales. Aunque en algunos contextos y ocasiones particulares, se pueda observar discriminaciones específicamente raciales (capítulos 1, 3 y 6), hay que advertir bien que, por lo general, las lógicas raciales, sociales, de origen migratoria, de edad y género, etc, de las fabricas de desigualdades son relativamente inextricables. El ‘motor racial de la desigualdad’ no puede tomarse de manera aislada de los factores ya mencionados, pero tampoco es un factor marginal, ya que como lo muestran Barbary en el capítulo 3, y Barbary, Ramírez y Urrea en el capítulo 6, pueden observarse efectos discriminatorios raciales en múltiples espacios de la vida social en la ciudad de Cali, comprobados por diferencias estadísticamente significativas entre las características residenciales y socioeconómicas de las poblaciones afrocolombiana y no afrocolombiana, y más aún entre poblaciones negras, mulatas, mestiza y blanca¹.

En resumen, este libro no pretende en ningún momento ser una suma o, incluso, ser representativo del estado actual de los estudios afrocolombianos, sino presentar un nuevo enfoque sobre las dinámicas de las relaciones socio-raciales en Colombia, como sociedad mestiza, y en particular la región del Pacífico sur y la ciudad de Cali, el cual recoloca el debate de la etnicidad y el multiculturalismo en relación con otros factores como los de clase, edad y género, origen migratorio, etc. Se trata de analizar los diversos componentes de las dinámicas antes mencionadas, a partir de una óptica contemporánea y contextualizada social y geográficamente de esta población, diferenciándose claramente de los estudios afrocolombianos clásicos y otros más recientes, que van en una dirección teórica muy diferente.

¹ Ver primero en la introducción la discusión metodológica y las definiciones de estas expresiones étnico-raciales que se usan para la recolección y el análisis de la información.

- *Aspectos metodológicos y ordenamiento del libro*

El libro recoge la importancia de la medición y el análisis estadístico en la investigación de los fenómenos “étnico-raciales”. Una aproximación sociodemográfica y socioeconómica de todo tipo de población requiere poder diferenciarla mediante el uso riguroso de categorías estandarizadas, al igual que variables como el sexo, la edad, el lugar de nacimiento, el nivel de escolaridad, etc., categorías que se presten al ejercicio de medición estadística. Sin resolver este aspecto central no es posible un estudio científico de la llamada etnicidad en términos de observar sus interacciones con el conjunto de las variables sociodemográficas y socioeconómicas en una sociedad concreta, especialmente si se quieren estudiar los fenómenos de desigualdad social y discriminación y en ellos el papel del factor “étnico-racial”. Por esta razón, hay un énfasis metodológico sobre la construcción de variables, sus formas de uso y técnicas de análisis, y la presentación de resultados cuantitativos que concierne a la sección cuarta de esta introducción, al igual que a los capítulos 1, 2, 3 y 6, y al anexo metodológico. Como veremos en detalle más adelante, la solución al problema de la categorización socio-racial de la población que desarrolló el equipo, reposa sobre una aproximación novedosa en el país: la caracterización fenotípica de la población de los hogares incluidos en las dos encuestas especializadas realizadas en Cali en 1998 y 1999. De esta manera, se dispone primero de una clasificación ‘racial’ individual, y segundo de la composición racial de los hogares, sintetizada en los conceptos operativos de hogares “afrocolombianos” y “no afrocolombianos”. Además, para una submuestra compuesta de un individuo en cada hogar, se cuenta con la respuesta a una pregunta abierta de auto declaración de su color de piel, la cual nos proporciona la variable de auto caracterización fenotípica, analizada en el capítulo 6¹. El conjunto de estas informaciones permite un acercamiento bastante completo al fenómeno del mestizaje. A estos datos, productos del mismo proyecto, se añade el análisis de la encuesta de hogares del Dane del año 2000, para 13 áreas metropolitanas, que también incluyó un módulo de auto caracterización del color de piel (ver capítulo 1 y anexo metodológico). No sobra añadir que este esfuerzo de cuantificación, que ha constituido una parte sustantiva del trabajo intelectual del proyecto Cidse-Ird, es la

¹ Para la discusión y justificación de cada una de estas categorías individuales o de hogares y sus definiciones exactas, ver el numeral cuarto de esta introducción; para la descripción detallada de las encuestas, ver el anexo metodológico.

marca de un enfoque que reconoce el determinismo sociológico a través de su puesta en evidencia estadística.

Varios de los capítulos del libro han conllevado la utilización de técnicas cuantitativas y cualitativas y una perspectiva multidisciplinaria integrada en la definición de sus objetos y problemáticas, como en la producción empírica. En ellos, se tenía como preocupación la articulación de datos cuantitativos a partir de censos o encuestas de hogares por muestreo con estudios cualitativos apoyados en encuestas de terreno etnográficas, trabajo de archivo y análisis documental. Las entrevistas en profundidad con actores individuales y un trabajo etnográfico riguroso de observación de terreno, además de fuentes documentales y de archivo, fueron básicas en los estudios que apuntan más a las dimensiones socio-culturales y políticas (capítulos 7, 8, 9 y 10) o en el capítulo 4 que analiza las estructuras socio-espaciales del Pacífico sur. Pero la interdisciplinariedad entre enfoques estadísticos y socioantropológicos ha sido común tanto en los estudios sociodemográficos como en los socioculturales (producción de identidades). Quizás los ejemplos más acabados de combinación de los abordajes cuantitativos y cualitativos se encuentran en la construcción de la variable “étnico-racial”, ya sea para su implementación estadística o la construcción del dato etnográfico sobre un tipo de identidad urbana de los afrocolombianos en Cali versus la identidad rural en la región del Pacífico (capítulos 2 y 6).

En el armazón de los capítulos del libro se refleja este carácter de obra colectiva que conjuga diversas aproximaciones a la problemática del estudio. El libro se divide en dos partes que agrupan los 10 capítulos. La primera, con 4 capítulos, se titula “Movilidad y procesos sociodemográficos regionales”, y apunta a los factores “objetivos” que caracterizan los procesos sociodemográficos y las estructuras sociales y regionales. En esta parte interesan las relaciones entre las estructuras socio-espaciales y los comportamientos y estrategias de los actores, particularmente en lo que concierne su movilidad espacial y social. Usando los términos de Bourdieu, podríamos decir que se busca la ‘objetivación’ de estas relaciones y procesos dialécticos entre estructuras y ‘habitus’ de los actores. En la segunda parte, “Dinámicas sociopolíticas y construcción de identidades”, compuesta de 6 capítulos, nos interesan las dinámicas sociopolíticas en los contextos urbanos y rurales locales,

regionales y nacional y proponemos distintas miradas reflexivas sobre la construcción de varios tipos de identidades étnicas, raciales o culturales. Contrastando con la primera parte, aquí más se hace referencia a los procesos “subjetivos”, siempre envueltos en los “objetivos”, pero poniendo énfasis en la dimensión política e ideológica. Las dos partes se completan con un anexo metodológico sobre las encuestas en Cali y Tumaco y otras fuentes de información cualitativa utilizadas, y una bibliografía conjunta a la que remiten todas las referencias citadas en la obra. Además de cuadros y mapas se incluyeron, en la mayor parte de los capítulos, planchas de fotografías e ilustraciones seleccionadas de acuerdo con la temática pertinente en el fondo documental constituido por el equipo de investigación a lo largo de los proyectos Cidse-Ird-Colciencias (1996-2000) y Cidse-Ird (2000-2004)¹.

2. Primera parte: Los componentes “materiales”

Los componentes “objetivos” o “materiales” de los procesos sociodemográficos, de los cuales las poblaciones afrocolombianas son a la vez objeto y actores, se trabajan en los cuatro primeros capítulos. Como se ha dicho, ellos apuntan en esta dirección sobre los resultados empíricos alrededor de la movilidad y las dinámicas regionales: dinámicas sociodemográficas nacionales y regionales, estructuras sociales y regionales, fenómenos de segregación residencial. Estos procesos son observados a través del eje Cali-Pacífico sur y el conjunto de regiones que están articuladas a Cali como epicentro de la gran región del sur occidente, al tiempo que esta ciudad se constituye en un objeto específico de estudio con el fenómeno de la segregación residencial. Todos estos factores “materiales” son leídos en relación con la variable “étnico-racial”. De modo colateral, aunque cuantificar la población afrocolombiana no era el objetivo central del proyecto Cidse-Ird, la información disponible a través de tres encuestas de hogares que incluyeron el uso de una categoría socio-racial nos permite entregar unas estimaciones poblacionales realistas para el país y diversas regiones urbanas y rurales (ver capítulo 1). Veamos.

El capítulo 1, *Perfiles contemporáneos de la población afrocolombiana*, por Olivier Barbary, Héctor Fabio Ramírez, Fernando Urrea (Coord.), y Carlos Viáfara, combina una primera estimación de la población

¹ Son en total 73 fotos e ilustraciones.

afrocolombiana en el país para comienzos del siglo XXI con un análisis de los diferenciales sociodemográficos y socioeconómicos en Cali y tres zonas del país con alta concentración de población negra-mulata (Pacífico, Urabá antioqueño y Departamento de Bolívar). Se busca resaltar los contrastes así como las similitudes entre los cuatros espacios y respecto al total nacional, distinguiendo poblaciones urbanas y rurales; en Cali este ejercicio se repite entre las poblaciones de hogares afrocolombianos y no afrocolombianos y respecto al total urbano nacional.

El primer elemento novedoso reside en la estimación, por primera vez sustentada estadísticamente, de la población afrocolombiana, que permite acercarse a su distribución geográfica y sus niveles de urbanización, demostrándose así su alta concentración en las principales áreas metropolitanas de país, con una tasa de urbanización idéntica al promedio nacional. Pero, como era de esperar, su distribución espacial difiere del patrón general colombiano que tiene como primer centro urbano a Bogotá. Los centros de mayor concentración de afrocolombianos en el país son Cali y Cartagena, con sus entornos próximos, mientras Bogotá, Medellín y Barranquilla siguen después.

Otro punto interesante son las desigualdades regionales y urbano-rurales que evidencian las encuestas en cuanto a la condición económica de los hogares. Las zonas de mayor concentración de población negra-mulata, en particular la región Pacífico y sobre todo sus áreas rurales, se encuentran en condiciones de mayor pobreza, con diferencias sobresalientes en los indicadores¹ respecto a los promedios nacionales urbanos y rurales. Sin embargo, la comparación de los indicadores sociodemográficos² entre las zonas de alta concentración de gente negra y el total nacional, al controlar por área de residencia y quintiles de ingreso, revela más similitudes que diferencias. Esto es observado nuevamente al comparar las poblaciones afrocolombinas y no afrocolombianas en Cali con el total nacional urbano cuando se controla por quintiles de ingreso: no se presentan variaciones importantes entre las dos poblaciones, incluso en un indicador tan relacionado con la condición económica como es el

¹ Índice de hacinamiento, líneas de pobreza e indigencia, distribución del ingreso, estructura socio ocupacional.

² Fecundidad, tasa de dependencia, índice de masculinidad, tamaño, jefatura y composición de los hogares, etc.

nivel educativo. En primer lugar, estos hallazgos son concluyentes del escaso poder explicativo que tiene el factor cultural para explicar supuestas diferencias demográficas entre las dos poblaciones. Por otra parte, la indiscutible desigualdad socio económica entre población afrocolombiana y no afrocolombiana tampoco tiene su explicación en diferenciales de características socio demográficas como serían una mayor fecundidad, un mayor tamaño de los hogares, una mayor jefatura fémina, una mayor carga sobre los económicamente activos u otros argumentos de este tipo. En realidad, son los factores ligados a la desigualdad en el desarrollo regional y a la inserción racialmente jerarquizada en el dispositivo de las clases sociales, que forman parte del proceso de modernización capitalista de la sociedad colombiana en su larga historia, los que tienen aquí el peso más sobresaliente.

El capítulo 2, *La Costa Pacífica y Cali, sistemas de lugares*, por Olivier Barbary y Odile Hoffmann, aborda el fenómeno de la integración de los amplios espacios migratorios de la región Pacífica, de la cual Cali se ha convertido, en varios aspectos, en el epicentro. El estudio se apoya en la observación de varias formas de movilidad espacial (espacios matrimoniales, comportamientos y trayectorias migratorias, migraciones temporales o alternantes), desarrolladas de manera paralela en los espacios de origen y de destino de los migrantes (el área rural de la ensenada de Tumaco y Cali) y a diferentes escalas espaciales y temporales. El concepto central del texto es el de “sistema de lugares”, definido como el generado por la suma de las interacciones entre lugares, gracias a la circulación de personas y bienes materiales y simbólicos. Estas interacciones constituyen primero un «sistema» desde el punto de vista espacial (de los lugares). Segundo, ellas traen a su vez la determinación recíproca de las dinámicas demográfica, socioeconómica, cultural y política de los diferentes lugares, hasta integrarlos en un espacio de movilidad que opera como un dispositivo en las estrategias (y los obstáculos) de los diferentes actores, formando así un «sistema» desde el punto de vista de los individuos y los grupos sociales.

Barbary y Hoffmann, corroboran que el principal rasgo de la evolución reciente de la cuenca migratoria de Cali (desde 1993) es el fuerte aumento de la contribución de la región Pacífica en los flujos recientes. Constatan una fuerte diferenciación del tipo de trayectoria según las características

demográficas y socioeconómicas de los migrantes. La movilidad residencial alternada entre Cali y el lugar de origen es la primera ilustración de este acceso socialmente diferenciado a ciertos tipos de movilidad: el fenómeno se concentra en los dos extremos de la escala social, raramente tocando a las clases medias. También los originarios del Pacífico presentan las trayectorias más largas, amplias y geográficamente diversificadas de todos quienes migran hacia Cali, lo que refuerza su especificidad, tanto para hombres como para mujeres. Esto confirma el resultado de numerosos estudios antropológicos clásicos que enfatizan la intensidad y gran amplitud de la movilidad espacial en el Pacífico. Según los autores, el fenómeno corresponde a la generalización del carácter plurilocal de los sistemas de reproducción económica y social de los individuos y grupos familiares vía la movilidad. O sea, en todos los lugares de consideración, los sistemas de acceso a los recursos económicos y sociales se caracterizan cada vez más por escalas espacio-temporales de movilidad variadas, al mismo tiempo que se observan profundas desigualdades en las condiciones socioeconómicas de acceso a esta movilidad. La particular intensidad y diversidad de la movilidad espacial en toda la región Pacífica tiene que ver, desde mucho tiempo atrás, con su condición de marginalidad geográfica, económica y política en la nación. Pero, sin lugar a duda, el fenómeno se agudizó durante las últimas décadas a raíz de varios procesos contemporáneos como son la fragilización de los dispositivos tradicionales de reproducción económica en el Pacífico, su integración progresiva en los mercados de la economía nacional y globalizada y la penetración de su territorio por los actores del conflicto armado y del narcotráfico (ver también capítulo 4).

Contrariamente al estereotipo propagado en Cali sobre el bajo nivel educacional de la población afrocolombiana, el capital educativo de los migrantes del Pacífico en el momento de la encuesta es netamente superior al de muchos otros inmigrantes. Sin embargo, esta ventaja relativa no logra convertirse en el campo de la inserción residencial y socioeconómica en la ciudad, donde al contrario se encuentran en clara situación de inferioridad respecto a las poblaciones de otros orígenes migratorios. Quedan entonces colocadas, con una serie de matices, las preguntas de la segregación de la población inmigrante del Pacífico en los mercados residencial y laboral de la capital del Valle, que se

vislumbraban desde las conclusiones del primer capítulo y se examinarán más en detalles en capítulos ulteriores.

Finalmente, se comprueba el papel decisivo de la comunidad de origen en las dinámicas migratorias y dentro de las configuraciones espaciales urbanas. Se establecen durante la migración grupos de solidaridad (paisanaje) que adquieren, primero, un papel de cohesión social, y, segundo, un rol de mediación entre los migrantes y la sociedad urbana.

El componente socio-racial de la segregación residencial en Cali (capítulo 3), por Olivier Barbary, tiene como objetivo comprender lo mejor posible dicho fenómeno a partir de los datos disponibles (censo de 1993 y las dos encuestas especializadas de hogares Cidse-Ird y Cidse-Banco Mundial) y el uso de métodos estadísticos rigurosos (índice de disimilaridad de Duncan y Duncan, 1955, e índice de la raíz cuadrada de Hutchens, 2001). Además, el estudio se enmarca en una perspectiva original de comparación nacional -con los resultados de los mismos cálculos aplicados a la ciudad de Bogotá- e internacional -con base a los estudios empíricos de Massey y Denton (1988, 1989, 1996) sobre la segregación racial en las principales ciudades de los Estados Unidos. Se examina la dialéctica entre las lógicas demográfica, socioeconómica y racial de la concentración espacial de la población, para localizar progresivamente el papel propio del factor racial, su intensidad relativa, y las escalas espaciales en que opera como motor de segregación residencial.

El autor analiza primero, a partir de los datos del censo de 1993, la dimensión sociodemográfica de la segregación residencial, comparando Cali con Bogotá y resultados disponibles de otras ciudades. Aunque la geografía social del espacio urbano caleño tenga su historia propia y sus especificidades, que también son examinadas, se destaca cómo los niveles de diferenciación demográfica y social de los hogares según zona de residencia son similares a los de otras ciudades, concluyendo que la situación de la capital de Valle no tiene nada de excepcional en el contexto colombiano y latinoamericano, que se caracteriza en general por una fuerte segmentación socio-espacial de los ámbitos urbanos.

Mediante la agregación de las dos encuestas realizadas en Cali, se desarrollan luego los cálculos de índices de segregación para los diversos componentes fenotípicos de la población en Cali. Los resultados demuestran que en Cali no existe un ‘ghetto racial’ a escala del conjunto de la ciudad, o sea como división del espacio urbano en grandes áreas de poblamiento homogéneo. Si bien, a nivel global, el proceso de concentración residencial de las poblaciones en ciertas áreas de la ciudad produce una diferenciación socio racial del espacio, ella no se parece en nada con la existente en las grandes aglomeraciones estadounidenses. La concentración residencial de las poblaciones negra y blanca en barrios específicos prueba ser 2,4 veces superior, en promedio, en las ciudades norteamericanas que en Cali.

No obstante esta primera conclusión, dentro de las grandes áreas sociales de la ciudad, la estratificación del hábitat introduce un nivel adicional en la especialización del poblamiento. En el conjunto de los barrios populares del occidente, por ejemplo, la segregación racial opera sobre todo a escala micro de los barrios y a nivel de las viviendas, conformando “manchas residenciales” de varias calles o manzanas donde la población negra se encuentra concentrada, ocupando además, muy a menudo, viviendas de peores condiciones. A la inversa, en los barrios socialmente mezclados de clases medias y en los barrios más burgueses, la organización del poblamiento en áreas raciales homogéneas es más marcada. Cuando se consideran niveles sociales equivalentes, los negros tienen iguales condiciones de vivienda que los blancos, pero se encuentran agrupados en determinados espacios. Así, contraria a la segregación socioeconómica, caracterizada por una estructura en grandes bloques a escala macro, la segregación racial en Cali funciona en varias escalas y la ‘dosificación’ entre sus diferentes niveles puede invertirse de un área social a otra: segregación a escala ‘*meso*’ en los barrios de clases media y alta, segregación a escala micro en los barrios populares. Pero estos mecanismos de segmentación residencial no pueden ser analizados únicamente como el producto endógeno de un orden social racialmente segregado, pues son igualmente resultado de estrategias y de oportunidades propias de las redes migratorias de las poblaciones de diferentes orígenes geográficos (por ejemplo, de la Costa Pacífica sur) y sociales. Finalmente, aparece evidente que las desigualdades en el acceso al espacio residencial de los diferentes grupos de población no son el

único determinante de la “segregación socioeconómica”, entendido en un sentido más general no estrictamente residencial, ya que este proceso se relaciona también con las oportunidades desiguales en el acceso a los otros bienes materiales y simbólicos ofrecidos por la ciudad (mercados del empleo, de los servicios públicos, de consumo, culturales etc), las cuales no solamente son determinadas por el lugar de residencia.

Espacios y región en el Pacífico sur: ¿hacia la construcción de una sociedad regional? (capítulo 4), por Odile Hoffmann. A partir de un estudio de caso local en Tumaco, la autora nos presenta tres modelos socio-espaciales de organización económica y territorial de la región del litoral Pacífico de Nariño. Estas tres configuraciones son separadas para el propósito analítico, pero sin que ello signifique darles el sentido de tres ‘etapas de desarrollo’ que se sucederían en el tiempo, sino más bien, de patrones de análisis que fungen, y eventualmente coexisten, en distintos contextos históricos y políticos, y a diferentes escalas locales y regionales. A través de la conjugación de estos diferentes tiempos y espacios, el estudio logra identificar el papel que distintos actores sociales, económicos y políticos juegan en el proceso de transformación acelerada que afecta este territorio y la población que en él reside. En el primer modelo, según las disposiciones de la nueva carta magna de 1993, las “comunidades negras” son entendidas como etnia, noción que se fundamenta en el argumento de la especificidad agraria y étnica de los habitantes del Pacífico; es decir en la existencia de una configuración socio-espacial muy peculiar, calificada como “dispositivo fluvial ribereño tradicional”. El segundo dispositivo -el de la “modernización”-, hace énfasis, al contrario, sobre una tendencia a la indiferenciación de las sociedades locales, insertas, en mayor o menor grado, en procesos globales de articulación a los mercados y las dinámicas nacional e internacional. Por último, el dispositivo de la “movilización político-étnica” corresponde a la emergencia reciente de configuraciones nuevas, resultados del cruce de los dos primeros modelos e integrando múltiples elementos nuevos.

Siguiendo el hilo de la dialéctica social, espacial y política entre los tres modelos, en la perspectiva de des-particularizar el Pacífico y rechazando las determinaciones ligadas a una supuesta “especificidad cultural” negra, Hoffmann formula la esperanza de que este proceso desemboque en una

oportunidad que siempre le ha sido negada al Pacífico: la construcción de una sociedad regional. Dicho proyecto, dado sus antecedentes históricos y las dinámicas sociales, económicas y políticas que se producen en el contexto actual, no puede basarse sino en la complementariedad de los dos “pilares” de estas dinámicas - los territorios negros y el sector agro-industrial - y, por lo tanto, en soluciones negociadas entre ambos. Desafortunadamente, las evoluciones recientes tienden más bien a la generalización y agravación de los conflictos sociales, económicos y políticos en la región, lo cual compromete fuertemente la probabilidad de una salida favorable. Es importante subrayar que lo que se juega en torno a esta problemática aparentemente regional desborda ampliamente las fronteras “naturales” de las regiones costeras, en particular en dirección de Cali y otras grandes ciudades del país, donde ahora se concentra gran proporción de la población afrocolombiana. Por esta razón, en cuanto espacio histórico y simbólico de origen de esta población, el Pacífico y su porvenir no pueden dejar de ocupar un lugar central en el debate político de la ‘cuestión negra’ en Colombia.

3. Segunda parte: La construcción de identidades “étnico-raciales”

Los seis capítulos de esta segunda parte abordan las diversas dinámicas sociopolíticas en el campo del debate teórico (capítulo 5) y en los contextos empíricos urbanos y rurales, locales, regionales y nacional (capítulos 6 al 10). El capítulo 5 es una propuesta de interpretación de tipo constructorista de las ideologías “étnicas” que orientan los movimientos negros en Colombia. Los otros cinco capítulos están referidos a los nuevos procesos identitarios “étnicos” en las poblaciones afrocolombianas, a través de casos empíricos tomados en Cali, el Pacífico sur y el norte del Cauca, aunque con observaciones analíticas válidas para el conjunto del país. Un interrogante que tiene una importante repercusión política atraviesa toda esta parte: ¿cómo se relacionan la emergencia actual de nuevas identidades afrocolombianas y sus manifestaciones sociales, culturales y políticas (auto percepciones individuales y colectivas, nuevas producciones culturales ‘negras’, nuevas reivindicaciones y estructuraciones políticas) con las desigualdades y las discriminaciones socio-raciales, la lucha contra el racismo y el acceso a la ciudadanía? Desde esta perspectiva, pensamos que estos seis estudios

colocan problemas, cada uno a su manera, al proyecto de sociedad multiculturalista desarrollado por la nueva constitución y la reelaboración del modelo de ciudadanía que conlleva.

El capítulo 5, *Esencialismo étnico y movilización política: tensiones en las relaciones entre saber y poder*, por Eduardo Restrepo, como ya lo señalamos, es un artículo teórico. Este texto ha sido solicitado al autor por los editores para referir los procesos étnicos afrocolombianos a la luz del debate contemporáneo sobre el tema, en particular su vertiente anglosajona, teniendo en cuenta la enorme tradición de los movimientos políticos negros y su estudio desde las ciencias sociales en Estados Unidos. No debe sorprender, entonces, que el grueso de los autores que le permiten a Restrepo armar su argumentación pertenezca a la línea constructivista anglosajona. La pregunta central que coloca el autor es si hacer una crítica de la construcción y del uso de la etnicidad, tanto por los movimientos negros en Colombia como por los que producen un “conocimiento experto” sobre ella, significa socavar las identidades étnicas y negar el empoderamiento de la gente negra y sus organizaciones. Esta preocupación surge de la necesaria relativización de las interpretaciones étnicas en relación con la “realidad social”. ¿Qué tan “verdaderos” son los discursos étnicos y el mismo “conocimiento experto” que sobre la etnicidad se produce?

El artículo parte de las posturas teóricas “postmodernas” que deconstruyen la etnicidad y lo que denomina el autor “esencialismo étnico”, entendido como la ‘explicación’ de la existencia de los grupos e identidades étnicas mediante un irreducible y primario ‘ser’ biológico o cultural, o como la asunción de una necesaria y directa correspondencia entre un sujeto trascendental y unas identidades sociales y expresiones políticas. A su vez, Restrepo destaca lo que él considera esencialismo étnico de tipo “instrumentalista”, analizándolo como la expresión de una estrategia, a la manera de una suerte de ‘recurso’ o ‘capital simbólico’ instrumentalizado en el posicionamiento de unos sectores sociales en relación con otros. En esta perspectiva, las narrativas de la etnicidad y la identidad étnica no son a menudo otra cosa que un enmascaramiento o falsa conciencia de las dinámicas y relaciones sociales primarias de las cuales emanan. La argumentación se funda en la perspectiva no-esencialista y constructivista para la cual la etnicidad o etnia en singular

no existe. Lo que han existido son etnicidades en plural, con puntos de emergencia, sentidos, dispersiones y trayectorias específicas, siendo las etnias un efecto de superficie de las mismas.

La segunda y la tercera parte del texto analizan los roces y conflictos entre esta posición constructivista y las actuales exigencias políticas de los movimientos afrocolombianos respecto al conocimiento experto y sus agentes, los intelectuales, las Ong y los técnicos del Estado. Por ejemplo, a los ojos de muchos activistas afrocolombianos, la investigación académica es una modalidad de saqueo y explotación, basada en relaciones verticales y de dominación, de suerte que las poblaciones locales y sus organizaciones no encuentran un beneficio concreto. Para ellos, el enfoque constructivista no es compatible con el proyecto político de las organizaciones que representan. Pero para Restrepo, el conocimiento experto, así sea instrumentalizado al servicio del movimiento social de los grupos subalternos, en cuanto discurso de contra poder favorable a sus intereses, nunca pierde, sin embargo, su condición de ejercicio de poder, denominado por el autor “violencia epistémica”. Además, no existe una automática y directa apropiación o rechazo por parte de los grupos dominantes o subalternos de los conocimientos expertos que favorezcan las condiciones de reproducción de la dominación o, al contrario, la subversión de ella.

Si bien, en la argumentación de Restrepo hay aportes interesantes para el análisis de la producción de identidades étnicas, queremos advertir, como editores del libro, que este enfoque corre el riesgo, a nuestro juicio, de caer en un relativismo ambiguo, característico de las posturas postmodernas en las ciencias sociales. En primer lugar, no estamos de acuerdo con él al confundir el conocimiento científico y otros tipos de “conocimiento experto” en una suerte de “caja negra”, peligrosamente indiferenciada, donde se mezclan elaboraciones ideológicas y conocimiento científico. De ser así, todo tipo de “narración” - como se dice en el argot postmoderno - tendría la misma validez de “verdad”, negando el carácter particular de la producción científica. Aunque, al igual que las ideologías, las ciencias sociales están sujeta a las condiciones sociales de producción y construcción de sus objetos y teorías, esto no impide que el conocimiento científico use un método reflexivo y crítico que le permite explicitar estas mismas condiciones

sociales (Bourdieu, 1997), lo que precisamente lo distancia de los discursos ideológicos. Tampoco estamos de acuerdo con la idea de disolución de los procesos “materiales” en las construcciones discursivas, a pesar de los efectos prácticos de éstas. Para nosotros es necesario diferenciar las estructuras “objetivas” de una sociedad y, en el caso que nos ocupa, las que caracterizan la población afrocolombiana, de las elaboraciones “narrativas” en los discursos identitarios que determinados sectores de ella producen. Esta distinción es parte fundamental de un materialismo científico que, como se ha dicho antes, reivindicamos para analizar las causalidades de los fenómenos sociales vía su medición e interpretación rigurosa.

En esta misma dirección, polemizamos con la manera como Restrepo critica el “esencialismo estratégico”. Para el autor, todo enfoque instrumental de la identidad caería en otro tipo de esencialidad del sujeto social y tendría una valoración cínica de la relación social. Si bien reconocemos que no todas las relaciones sociales se basan en juegos de intereses, no puede desconocerse que un conjunto importante de ellas sí remiten a prácticas estratégicas no concientes de los agentes, afectando toda la vida social. Por lo tanto, no es necesario imputar una intencionalidad (ni cínica ni encubierta) a los comportamientos de los agentes para analizarlos. Desconocer una instrumentalidad estratégica, en cambio, significa abandonar el análisis de las relaciones entre clases sociales y, en general, de todo tipo de relaciones de poder y dominación, entre las cuales se ubican precisamente la relaciones “étnico-raciales”. Un asunto es que los intereses “objetivos” individuales y colectivos tengan manifestaciones complejas, pero de ahí a asumir que todo análisis de estrategias supone sujetos “esenciales” y agentes colectivos homogéneos, hay un paso que nos parece inadecuado.

El capítulo 6, *Identidad y ciudadanía afrocolombiana en el Pacífico y Cali*, por Olivier Barbary (Coord.), Héctor Fabio Ramírez y Fernando Urrea, pone en evidencia la importancia de la migración y la urbanización de la población afrocolombiana en las dinámicas de construcción de nuevas ‘identidades étnicas’ y de reivindicación ciudadana, y en su diferenciación según los contextos locales y regionales.

Aprovechando dos tipos de fuentes estadísticas -el censo de 1993, para la región del Pacífico, y la encuesta especializada Cidse-Ird de 1998 en Cali, que se someten a regresiones logísticas-, así como datos cualitativos socioantropológicos, los autores realizan una interpretación de las determinaciones que induce el contexto territorial, económico y social sobre los niveles y modalidades de la auto afirmación de una ‘identidad afrocolombiana’ en la poblaciones de Cali y la región Pacífico. La conclusión principal es que las formas de afirmación de identidad son radicalmente diferentes para la población de la región Pacífica y la población de Cali. Se trata en el primer caso de una reivindicación étnico territorial (ampliamente analizada en otros capítulos del libro), mientras en el segundo, lo que está en juego es el acceso, en igualdad de oportunidades, a los mercados residenciales y laborales, y la denuncia de la discriminación socio-racial. A la luz de estos resultados, el problema de la adecuación del marco jurídico de la Ley 70 con las necesidades y aspiraciones a la integración ciudadana de la población afrocolombiana, se coloca en nuevos términos, particularmente en la sociedad urbana.

Los hallazgos cuantitativos y cualitativos sobre la percepción de la discriminación racial en Cali, permiten afirmar que ella es generalizada en diferentes espacios urbanos: mercado de trabajo, transporte público, arbitrario y maltrato policial, desiguales oportunidades escolares y en el acceso a servicios de salud, recreación, etc. Sin embargo, los autores muestran que hay marcadas diferencias en esas percepciones de acuerdo a una serie de características de la población negra; en ese sentido resaltan la heterogeneidad sociodemográfica y socioeconómica de la misma. Por ello, factores tales como el origen geográfico de los inmigrantes a Cali, el nivel de escolaridad y la posición socio-ocupacional, así como la edad y el género son determinantes en la percepción de la discriminación racial y las modalidades de ella. En síntesis, se trata de una combinación de factores de clase social con origen socio geográfico, grupos étnicos y género. Este texto, concurrente y complementario a la vez del enfoque de Restrepo en el capítulo 5, describe las interacciones entre condiciones “materiales” y producción de identidades urbanas y rurales diferenciadas, además del papel que hayan podido tener la nueva constitución y la Ley 70 en las dinámicas político-culturales del Pacífico. De esta forma se hacen visibles las determinaciones sociales de las identidades étnicas.

El capítulo 7, *Guapi: sociedad local, influencias globales*, por Carlos Efrén Agudelo, hace el recorrido del proceso histórico de construcción de la sociedad local en Guapi, mediante la incidencia de factores como la presencia de la Iglesia, el impacto de la educación y finalmente el surgimiento de un movimiento social y político étnico. Pero el ejemplo del municipio de Guapi permite trabajar más ampliamente algunos aspectos de las dinámicas sociales, políticas y culturales del Pacífico.

La riqueza del artículo consiste en una descripción novedosa de los procesos de construcción e interacción de las sociedades del Pacífico, en los que se cruzan de forma intermitente lógicas locales, regionales y globales. Aunque el Pacífico se haya desarrollado históricamente como región periférica en la sociedad colombiana, su aislamiento y marginalidad contrasta con la presencia recurrente de procesos económicos, políticos, sociales y culturales nacionales e incluso transnacionales. A través del análisis de la presencia de la Iglesia, del papel del sistema educativo y los fenómenos políticos, en medio de los impactos de la inversión extranjera y nacional en minería, agricultura y pesca, de la urbanización y expansión de consumos culturales desde mediados del siglo XX, el autor obtiene varias claves importantes para identificar algunos agentes de los procesos de modernidad en el Pacífico y entender sus estrategias y comportamientos.

En el caso de la acción de la Iglesia el autor describe su papel como impulsora y ejecutora de políticas de desarrollo y educación en el siglo pasado, y finalmente, hasta hoy en día, dinamizadora de procesos organizativos y políticos alternativos en la región. De otro lado, la educación se constituye, a pesar de las carencias que ha padecido el Pacífico en este aspecto, en el factor más importante de integración, reconocimiento y movilidad social para las poblaciones negras, resultado que va en la misma dirección que los hallados en los capítulos 1, 2 y 3, pero aquí visto desde el punto de vista de los actores regionales y sus prácticas locales. Agudelo muestra muy bien el papel protagónico contemporáneo del movimiento social y político afrocolombiano en Guapi y el Pacífico. La dinámica de construcción de este actor en el plano local de Guapi también revela la incidencia de problemáticas y fenómenos inducidos desde espacios regionales y nacionales. El autor hace aquí un cuidadoso análisis de la presencia de los nuevos

movimientos étnicos en Guapi, diferenciándola de otros casos en la gran región Pacífico. Esto es importante para entender las particularidades y las desigualdades de un proceso que a simple vista pudiera pensarse como homogéneo.

Según el autor, la competencia por recursos y espacios de representación ha generado fragmentaciones que debilitan las expresiones del movimiento étnico negro en su correlación de fuerzas con el Estado y con los actores políticos tradicionales que manejan el poder institucional. Este análisis revela la complejidad de los movimientos étnicos y lo indispensable que es, para su comprensión, observar las estrategias de los actores envueltos en ellos. Sin caer en una interpretación simplista o cínica, logra demostrar la instrumentalización de los recursos económicos y del capital simbólico en los juegos de poder alrededor de la representación. Pero lo más importante es que se logra un panorama claro de los actores políticos locales-regionales de tipo étnico y cómo ellos han añadido un nuevo elemento a la dinámica política local de Guapi y la región Pacífico, insertándose ahora en un complejo proceso de transformación. Ciertamente el devenir social y político del Pacífico va a depender de su futura incidencia.

Ambientalismo y surgimiento de nuevos actores étnicos en el Pacífico sur (capítulo 8), por Nelly Rivas, es un texto que gira en torno a una región, el Pacífico sur, una ley étnica que contempla la titulación colectiva de tierras (Ley 70), una ley ambiental -la de los Parques Naturales Nacionales y sus sucesivas reformas-, y una comunidad rural ubicada en la zona norte del municipio de Mosquera (Pacífico nariñense), compuesta por 23 veredas donde ha comenzado a operar, en conformidad con la Ley 70, un Consejo Comunitario. La autora describe cómo los nuevos discursos ambientales globales, de presente dominantes en el Pacífico colombiano, implican resignificaciones en el orden de lo local. De esta forma, lo que en un principio era una limitación (las antiguas leyes ambientales que defendían grandes reservas naturales), se convierte ahora en una posibilidad de recuperación y legalización del territorio, pero también de reconocimiento político para comunidades campesinas que antes eran olvidadas y sin derechos territoriales. En este cambio han jugado un papel clave los líderes locales, que hoy en día integran el discurso ambiental en sus luchas políticas, identitarias y territoriales.

Rivas sostiene que para el caso del Consejo Comunitario Odemap de Mosquera norte, a diferencia de otros Consejos Comunitarios donde la cuestión ambiental era solamente un medio (ella da el contra ejemplo del Consejo Comunitario Acapa), la cuestión ambiental es el principio, el medio y el fin. El discurso combina en efecto la reivindicación del territorio, su apropiación y titulación, con la importancia de “rescatar” prácticas culturales supuestamente tradicionales. Según la autora, la idea de conservación ambiental y la de legalización del territorio se entremezclan tanto que parecen confundirse. Así, las obligaciones legales de conservación ambiental van juntas con los imperativos locales de recuperación territorial, para armar, en el discurso de los líderes comunitarios, un dispositivo de defensa de los intereses comunitarios con fin de conservar el medio ambiente y el territorio para el futuro de sus hijos y demás generaciones. El nexo fuerte entre conservación del medio ambiente y sobrevivencia campesina refleja la nueva conciencia “ecológica”: los recursos se hacen más escasos generación tras generación y, por lo tanto, es importante cuidarlos. Esta nueva conciencia se relaciona directamente con los discursos mundiales sobre el medio ambiente y el desarrollo sostenible, e implica una apropiación discursiva de la naturaleza por parte de los actores locales, que tienen como objetivo final el manejo autónomo del territorio y sus recursos naturales.

La autora observa que van desapareciendo formas “tradicionales” de apropiarse la naturaleza, que en su momento permitieron una persistencia del recurso, pero cuya legitimidad técnica y ecológica ya no son suficientes en el marco del “conservacionismo” que rige el sistema de parques naturales nacionales, uno de los cuales es Sanquianga. Las nuevas prácticas de conservación de los recursos naturales en el largo plazo, requieren de una tecnificación y aprendizaje de su “buen uso”. Mientras los discursos se van “naturalizando”, los campesinos y otros actores se van tecnificando con base a los nuevos conceptos de desarrollo sostenible, biodiversidad, prácticas tradicionales de producción, etc, produciéndose una suerte de “campesinización” del discurso técnico. Sin embargo, Rivas señala que las decisiones políticas en torno a esta “tradicionalización” del manejo de los recursos, siguen siendo prerrogativas de los biólogos e ingenieros forestales. Así, la negociación ideológica y técnica se inscribe en relaciones de poder que terminan legitimando el saber de afuera. Finalmente, el ejemplo del Consejo

Comunitario de la Odemap muestra cómo la articulación de la problemática ambiental a las luchas por mayor autonomía y participación política en el Pacífico sur es parte de un proceso más amplio que se viene dando en diversos movimientos étnicos y campesinos de toda América Latina.

El capítulo 9, *Políticas y movimiento social negro agrario en el Norte del Cauca*, por Teodora Hurtado y Fernando Urrea, es un estudio empírico que analiza el proceso de movilización étnico-territorial entre los asalariados y campesinos negros de la región de Guachené, en zona rural del Norte del Cauca, en alianza con campesinos indígenas Páez, quienes conjuntamente invadieron la hacienda de propiedad privada “El Pílamó”. El episodio se desarrolla entre mediados de los años 80, cuando se encontraban en pleno apogeo los movimientos cívicos y las luchas campesinas lideradas por la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (Anuc). La hacienda de 3.000 hectáreas se encuentra en tierras agrícolas de la mejor calidad en el sur del valle geográfico del río Cauca y, en el momento de ser invadida, estaba dedicada a la ganadería extensiva. Para entonces los movimientos sociales rurales en la región eran luchas campesinas sin particularidades étnicas: tanto los indígenas Páez como la gente negra actuaban como campesinos sin tierra, sin diferenciarse aparentemente entre ellos.

Más adelante, la estrategia de las organizaciones negras que ya existían en la región durante los años ochenta fue combinar la reivindicación agraria con la étnica. Con el Artículo Transitorio 55 de la Constitución de 1991 y luego con la Ley 70 de negritudes, cuando se configura el concepto de “comunidades negras”, las organizaciones lanzan como reivindicación que se les reconozca esta forma organizativa. La respuesta del Estado a través del Incora ha sido rechazar que la hacienda forme parte de los territorios de comunidades negras, bajo el amparo de la Ley 70, y por lo mismo no se acepta al Consejo Comunitario como mediador. El Norte del Cauca es un territorio por fuera de la jurisdicción de dicha Ley y aceptar las demandas podría significar una bola de nieve que se extendería en toda la región, incluyendo el sur del Valle, donde se encuentran algunas de las mejores tierras del país con cultivos industriales de caña de azúcar, afectando los intereses del gran capital.

El movimiento “proceso de recuperación de territorios” en el Norte del Cauca, se desarrolla hoy en día a nombre de la Organización Comunitaria de Sociedades Negras de El Píamo (también denominada “Palenque El Píamo”). Como muestran los autores, los pobladores negros de la hacienda son diferentes, en términos socioeconómicos, a los campesinos indígenas Páez y a los campesinos negros en las zonas rurales de la Costa Pacífica. Se trata de familias que residen en el casco urbano, que aún poseen pequeños predios rurales productivos en los municipios de Caloto, Puerto Tejada y Villarrica, aunque los ingresos que de ellos perciben sean en general menores a los que obtienen en sus actividades urbanas. Son así familias que adicionalmente a su doble residencia, a diferencia de las poblaciones rurales de la costa Pacífica, sostienen una relación de circulación constante entre el campo, el poblado y centro urbano. Vale la pena aclarar que esta región en su conjunto ya forma parte del área metropolitana de Cali, y que sus habitantes se desplazan cotidianamente en el interior del área metropolitana para realizar actividades laborales, educativas, comerciales, culturales, políticas y sociales.

Hurtado y Urrea advierten que la dirigencia afrocolombiana que lidera el experimento de El Píamo tiene una percepción crítica de la industrialización en la región, por cuanto se estarían desestabilizando aún más las familias campesinas negras, y se agudizarían los efectos perversos de la agroindustria azucarera, la cual en los últimos 50 años generó una proletarización en la zona plana de esa región. Por consiguiente, perciben con preocupación la expansión de los nuevos empleos urbanos y, detrás de ellos, los cambios en los consumos culturales de la población, que se hacen más y más urbanos. En este sentido, el movimiento social negro alrededor de El Píamo aparece como una especie de símbolo de resistencia étnico-territorial frente al desarrollo capitalista en la región.

El capítulo 10, *Política, cultura y autopercepción: las identidades en cuestión*, por Michel Agier y Pedro Quintín, es un artículo que, apoyándose en ejemplos concretos, ofrece un análisis del contexto de valoración sociopolítica de las identidades étnicas y territoriales y de las nuevas producciones culturales en el cual operan las dinámicas de estructuración de las identidades sociales, culturales y políticas de las poblaciones negras y mulatas en Colombia. Los autores muestran cómo el

campo cultural hace referencia directa a la dimensión política identitaria, además de configurar una práctica de vida con implicaciones económicas para sus participantes más activos. Ellos indagan así en qué forma se ha construido la alteridad en los juegos de identidades de los afrocolombianos en los últimos años, aludiendo, a lo largo del artículo a múltiples problemas y resultados, pero en una perspectiva diferente a la de Restrepo (capítulo 5), aunque parten también de una distancia crítica frente a las posturas esencialistas en las ciencias sociales.

Si bien los dos autores recogen elementos del análisis construccionista, no comparten el absoluto relativismo postmoderno, ya que se enmarcan en una perspectiva más cercana a un determinismo social de tipo situacionista que reconoce la posibilidad de un pensamiento científico “objetivo”. Como ellos lo advierten, la idea de una cultura de los lugares (en el sentido de una serie de situaciones presentadas y observables en un marco concreto) permite a los investigadores des-substancializar la relación entre identidad y cultura. Entonces, la relación entre identidad y cultura no es dada o definitiva, sino, al contrario, problemática. Además, un territorio es siempre fabricado, de ahí que es necesario des-esencializar las relaciones entre un grupo social y el espacio en el que reside. En síntesis, este artículo ofrece una perspectiva analítica para el estudio de las poblaciones afrocolombianas compartida en el equipo del proyecto: esta es a la vez diferente a la culturalista, que supone que un principio esencial de identidad étnica se duplica en la cultura y la política, y al relativismo radical que considera solamente múltiples narraciones “subjetivas”.

Agier y Quintín apoyan su análisis de los procesos políticos identitarios sobre varios resultados del equipo del proyecto que provienen del trabajo de campo en el municipio de Tumaco, en la ciudad de Cali y en el Norte del Cauca, pero sus interpretaciones trascienden estos contextos y el país y procuran pensar comparativamente respecto a otros contextos nacionales. El artículo termina con una reflexión sobre las fronteras entre la práctica del investigador y la de los actores de los movimientos sociales étnicos. Hay que reconocer la existencia de tensiones, las cuales son parte de la dinámica social y de la producción de conocimientos. Pero por otro lado, la delimitación de los espacios no significa que no sea posible una

comunicación y cooperación útiles para los dos actores. La experiencia del proyecto Cidse-Ird lo demostró.

4. Un acercamiento estadístico a la ‘visibilidad’ de la población afrocolombiana ¹

Hasta el principio de la década de los noventa, el debate académico y político sobre el tema “étnico-racial” tenía lugar en medio de una “invisibilidad histórica” de la población negra en Colombia que contrasta con su focalización en las poblaciones indígenas. A pesar de las denuncias y esfuerzos de los pioneros de los estudios afrocolombianos, como de N. De Friedemann y J. Arocha, dicha invisibilidad se extendía desde la esfera jurídica y política hacia la producción estadística nacional y local, y por consiguiente, con pocas excepciones, a la investigación demográfica y sociológica. Indiscutiblemente, este contexto se ha modificado radicalmente en los diez últimos años, tanto a escala nacional, con la inclusión de preguntas de auto identificación étnica en el censo de 1993 y por el color de piel en la encuesta nacional de hogares de 2000, como a escala local con programas de investigación y encuestas específicas, de corte demográfico o socio-antropológico, especialmente en grandes ciudades (Cali, Bogota etc.). El fin de esta invisibilidad, más allá de su primer resultado – la estimación confiable de los pesos demográficos nacionales y locales de la población negra y mulata (entre un 20 y 22% de la población total del país como se verá en el primer capítulo) –, tiene impactos profundos sobre la estructuración teórica y metodológica del campo de los “estudios afrocolombianos”, y más generalmente de la ciencias sociales en Colombia. Como vamos a ver, este nuevo contexto lleva a repensar toda la producción científica y estadística sobre la cuestión “étnico-racial” en Colombia.

El problema de la visibilidad estadística de la población afrocolombiana no es un asunto fácil y mucho menos “neutral”. Como cualquier categoría de uso estadístico, y quizás todavía más en este caso, calificar y clasificar una población con base a sus características étnicas o raciales tiene fuertes implicaciones históricas, socioantropológicas y políticas. Con relación a este problema, nos ubicamos en una perspectiva sociológica

¹ Esta cuarta sección incorpora múltiples elementos de los artículos de Urrea, Ramírez y Viáfara (2002: 155-203), Barbary (2001a: 89-102 y 108-118) y Barbary (2001b: 773-778 y 783-788).

relativamente novedosa en el país, orientada a estudiar los procesos de desigualdad social relacionados con la dimensión racial, a partir de informaciones estadísticas basadas en una clasificación de la población bajo criterios fenotípicos. Explicitar y justificar lo anterior implica partir de algunas consideraciones históricas y sociológicas, y sus implicaciones metodológicas, para señalar las diferencias entre nuestra aproximación estadística y los enfoques ‘culturalistas’ que han predominado en el país.

• ***El poblamiento negro y las categorías étnico raciales en Colombia***

La presencia de la población negra-mulata en el contexto nacional, que hoy en día se denomina afrocolombiana, se remonta al siglo XVI, período en el que se empiezan a establecer los primeros enclaves coloniales regionales del imperio Español (Díaz, 1993). La participación de hombres y mujeres negros(as) al poblamiento del país, desde este primer momento hasta comienzos del XIX, estuvo marcada por su transplante, en condición de mano de obra esclava, procedentes de diversas regiones del continente africano, y fue distribuida de acuerdo a su importancia económica para el sistema colonial: en especial como fuerza de trabajo en la minería, la hacienda y la servidumbre. Durante la esclavitud se extendieron uniones entre individuos provenientes de diversas sociedades del continente africano, al tiempo que en la sociedad colonial se fue construyendo, bajo diferentes modalidades de relaciones sociales, una estructura interracial jerarquizada según los colores de piel. En este contexto se produce el mestizaje entre personas negras, blancas e indígenas, el cual se prolonga con importantes variaciones regionales hasta hoy en día. Este largo proceso socio-histórico se ha dado en contextos regionales diferenciados. Mientras en la región Pacífica colombiana y ecuatoriana y en algunas áreas de la Costa Caribe (zonas aledañas de Cartagena) el mestizaje fue reducido, por lo menos hasta una época reciente, en otras regiones de Colombia este proceso se ha venido produciendo desde los mismos siglos XVII y XVIII. De todos modos en el Pacífico colombo-ecuatoriano y en las áreas más “negras” de la Costa Caribe se han dado procesos de mestizaje importantes, sobre todo en los contextos urbanos. En Colombia, la población mestizada negra tiene la designación “émica” de “mulata”, con toda la ambigüedad que esto adquiere, dadas la complejidad y las múltiples variaciones locales en la

diferenciación fenotípica¹. El fenómeno del mestizaje ha estado acompañado de complejas relaciones interétnicas entre los diferentes grupos amerindios, la población negra y los grupos mestizos y blancos, que han conllevado, durante diferentes períodos históricos, posiciones ambivalentes entre el rechazo y la aceptación, y han pasado por cambios políticos e institucionales de la sociedad colombiana desde la Colonia hasta nuestros días.

En este libro se utiliza la denominación de poblaciones *afrocolombianas* en forma equivalente al la de poblaciones *negras-mulatas*, como términos descriptivos, independientemente de un determinado nivel de identidad colectiva o individual que ellas hayan adquirido. En ambos casos estamos aludiendo, en la sociedad colombiana contemporánea, a las poblaciones que de algún modo son descendientes, a través de múltiples generaciones y dinámicas de mestizaje, de los antiguos esclavos africanos, muchos de ellos inicialmente libertos por sí mismos (compra de su libertad o manumisión), mediante cimarronaje o concesión de la libertad por participar en los ejércitos libertadores, y luego en 1851 por la abolición de la esclavitud². Hacia finales del siglo XIX, esta población se había trasformada, en su gran mayoría, en un campesinado y un artesanado negro-mulato urbano (Aprile-Gnisset, 1994). Posteriormente, con las profundas transformaciones demográficas y socioeconómicas de la sociedad colombiana durante el siglo XX, la gente negra ha conformado un importante grupo poblacional de nuestra sociedad, que comprende hoy en día desde zonas rurales donde históricamente había alcanzado la mayor concentración, hasta asentamientos urbanos en las grandes ciudades del país al igual que en ciudades intermedias. Se trata de una población, como a continuación podremos demostrar, que presenta patrones de comportamientos demográficos, urbanización e integración a la estructura de clases colombiana similares a los del conjunto de la población; aunque su inserción social está afectada por mecanismos de diferenciación y discriminación colectiva, vía la segregación residencial urbana, el origen

¹ En Colombia el término “mestizo” hace referencia a la mezcla del “blanco” con el “indígena”; por ello diferenciamos el “mulato” del “mestizo”. El primero es el resultado de la mezcla negro-blanco, negro-mestizo, negro-indígena. No sobra advertir que estas son clasificaciones arbitrarias que conocen importantes variaciones regionales. No hay una frontera clara entre “mulato” y “mestizo” en ninguna situación empírica, ni siquiera bajo consideraciones exclusivamente émicas.

² En este sentido, también para nosotros son equivalentes los términos afrodescendiente y afrocolombiano, sin que signifiquen como tal una entidad “étnica” fija.

migratorio y el color de piel, proceso que de alguna manera, como también lo veremos, forman parte del orden social.

Por ello, no obstante su carácter completamente arbitrario, el ‘tipo racial’ nos interesa porque actúa como dispositivo socio-histórico de exclusión social, la cual es más intensa cuando la clasificación émica designa con el término de “negro-a” a un grupo poblacional entero. Este tipo de exclusión opera bajo un dispositivo de racismo particular en la conformación de la sociedad colombiana que incluye el mestizaje como ideal para favorecer el “blanqueamiento” de la población y la supuesta igualdad de derechos y deberes entre todos los ciudadanos sin distinciones de raza (Wade, 1993, 1997). Así, los términos émicos “negro” y “mulato” han estado asociados a la representación que se tiene de unas características raciales particulares que conllevan una alteridad social en contradicción con la figura “mestiza” idealizada. Tal representación constituye el soporte, la mayoría de las veces, de los comportamientos racistas¹. En este sentido, nos interesa desarrollar en este libro una aproximación descriptiva y socio-histórica de la categoría *afrocolombiano* y de su contenido racial. Si bien, en una perspectiva de larga duración, la gente negra es afrodescendiente (en la medida en que las primeras poblaciones negras llegaron del África), no es válido desde una mirada reflexiva de las ciencias sociales convertir este fenómeno histórico en un modelo étnico fijo, por fuera de los procesos sociohistóricos, y por lo mismo de corte culturalista o esencialista. Hoy en día, como lo mostraremos a continuación, una tal perspectiva étnica culturalista se vuelve muy problemática desde un doble punto de vista: primero porque la historia, la sociología y la antropología contemporáneas la descalifican científicamente; segundo porque, a pesar de los discursos que la animan para llevar a cabo una “política correcta”, ella acarrea paradójicamente un efecto contrario a la visibilidad de la población negra en el campo de la producción estadística y científica, con repercusiones “no deseadas” que dificultan las políticas de integración económica y social de las poblaciones afrocolombianas.

Por estas razones históricas y sociológicas consideramos que, sobre todo para efectos estadísticos, la forma más adecuada de enfrentar el fenómeno de la alteridad que discrimina, en los procesos de la vida cotidiana, a una

¹ Esto es desarrollado en extenso por Barbary, Ramírez y Urrea, en el capítulo 6 de este libro.

población según el color de piel, pasa por utilizar las clasificaciones “raciales” émicas más frecuentes. De este modo es factible evaluar los impactos de ese mecanismo discriminatorio en diferentes dimensiones de la vida de los individuos y hogares.

- ***El debate sobre las categorías étnicas y raciales***

El concepto de “etnia” ha evolucionado considerablemente a partir de sus orígenes en las campañas coloniales, cuando constituía un instrumento de clasificación de las poblaciones consideradas “salvajes”, “exóticas” o “tradicionales”. En los años 60 los trabajos de Fredrik Barth (1969), dieron un vuelco completo al cuadro analítico culturalista dominante hasta entonces. Para Barth, un grupo étnico es un tipo de grupo social definido no a través de una serie de características objetivas o “naturales”, sino en función de fronteras fluidas y cambiantes, de tipo lingüístico, social, territorial y, en algunos casos, religioso y político, que en determinados períodos históricos pueden asociarse a distinciones arbitrarias fenotípicas. Cuando se solapan las “marcas” culturales con variaciones fenotípicas o raciales en determinados grupos poblacionales, entonces las diferencias construidas aparecen de manera más visible. Las “marcas” o fronteras no derivan “naturalmente” de las diferencias fenotípicas o raciales, sino que han sido históricamente generadas por los mismos actores colectivos, como dominantes y dominados, envueltos unos con otros en procesos de interacción de múltiples formas. De esta manera, la supuesta asociación “natural” entre un determinado grupo de población y una denominación “étnica” se relativiza y la etnicidad se observa como un proceso social relacional y dinámico, o sea, es histórico.

En Colombia, la tradición antropológica mayoritaria ha asociado el término grupo étnico a las poblaciones nativas amerindias, denominadas también poblaciones autóctonas o indígenas, refiriéndose a los diversos pueblos que habitaban en el territorio antes de la llegada de los españoles, y a partir de allí a sus descendientes hasta la actualidad, en cuanto éstos presentan unas características culturales reconocidas que los diferencian de la sociedad nacional en su conjunto. Tales características establecerían así un nexo de continuidad entre estas poblaciones contemporáneas y las existentes antes de la llegada de los españoles, a pesar de las fuertes transformaciones demográficas, culturales y sociales que hayan vivido a lo largo de la historia del país.

A lo largo de los amplios debates que antecedieron a la Constitución de 1991, y en el texto de la misma, algunas poblaciones negras y mulatas colombianas fueron caracterizadas como grupo étnico de modo equivalente al de los indígenas, es decir, con base a dos criterios: la ancestralidad en la ocupación de determinados territorios y la presencia de rasgos específicos en su organización socioeconómica y cultural (ver también recuadro 1 del capítulo 6)¹. Hay que añadir que esta reciente construcción étnica de las “comunidades negras”, busca además resolver el viejo problema de la categoría “raza”, claramente cuestionada por el conocimiento científico desde los años 50; así supuestamente, al descartarse el factor fenotípico como el clasificador, se superaría la naturalización “biologista” del color de la piel y otras características fenotípicas por unos atributos culturales esenciales.

Sin embargo, la categoría “raza” continúa estando presente en otros contextos nacionales, como es el caso en las ciencias sociales anglosajona y brasilera. Ambas tradiciones de los estudios raciales son bien conocidas y difícilmente hoy en día podrían ser acusadas de reificación de las “razas” en términos biológicos². El énfasis en esta línea de estudios es el marcador del color de piel como componente de las desigualdades sociales producidas históricamente, sin que se pueda sustituir por el de grupo étnico, ya que las variaciones culturales no logran hacer desaparecer los factores de distinción social (concientes o inconcientes) existentes en la vida cotidiana bajo expresiones étnicas y asociados a los atributos fenotípicos en las diferentes sociedades. Esto último es particularmente cierto en Brasil y los otros países de América Latina en los que el racismo, sobre todo después de la abolición de la esclavitud, a diferencia de Estados Unidos, no conservó un carácter político institucional. En ese sentido, todos los ciudadanos son iguales ante la Ley, sin distinción de colores de piel, como se esboza en las legislaciones postesclavistas latinoamericanas, en oposición al caso norteamericano y al de otras sociedades (p.ej. Suráfrica), ya que el contexto socio histórico

¹ Recientemente sucedió lo mismo con el reconocimiento en el país del pueblo “Rom” o “Gitano”

² Por el contrario, en la tradición francesa de las ciencias sociales la categoría “raza” es muy polémica y poco utilizada, pero también acontece lo mismo con la de grupo étnico o “etnia”, basada en atributos culturales. En ambos casos, se presenta en Francia cierto rechazo por los análisis multiculturalistas o de relaciones interraciales y sus consecuencias políticas, las cuales pondrían en entredicho un modelo universalista de integración social y política (Simon y Stavo-Debaugé, 2002).

pasado y presente de discriminación racial ha sido diferente respecto del modelo anglosajón.

Si la categoría “raza” es una construcción social, entonces no son las diferencias físicas “objetivas” las que la crean sino las que son producidas por el imaginario colectivo. Este último, concepto caro a la obra de Halbwachs (1950), es el que convierte las clasificaciones étnicas raciales en fenómenos socialmente significativos y operantes, con una capacidad de incidir en múltiples procesos de la vida social (Schnapper, 1998). Por esta razón, la raza interesa a las ciencias sociales y requiere de un análisis específico, en cuanto ella interviene subjetiva y objetivamente en la producción de estatus y distinciones entre los individuos y los grupos humanos y, de ese modo, genera prácticas sociales específicas. En efecto, sus efectos sociológicos no se confunden con los que genera, por ejemplo, la clase social, si bien, como muestran la mayor parte de los estudios ambas categorías están imbricadas en buena parte de los casos. Lo mismo sucede con los llamados grupos étnicos: la etnicidad, generadora también de estatus, no puede verse separada del componente de la clase social¹ y tampoco se confunde con ella.

Por otro lado, existe un paralelo interesante entre raza y género/sexo. La categoría “raza”, al igual que las categorías de género/sexo (en la tradición anglosajona o la tradición francesa de representaciones sociales de los sexos), está en el corazón de la reflexión sobre las relaciones entre lo social y lo biológico (Guillaumin, 1992; Bonniol, 1992). En ambos casos se trata de nociones que remiten a los mecanismos inconscientes de naturalización de lo biológico a partir de clasificaciones estereotipadas, ya sea mediante las diferencias sexuales o fenotípicas, produciendo relaciones de dominación entre hombres y mujeres.

El sustituir la noción de raza por la de etnia, afirmando los factores o atributos culturales en lugar de los fenotípicos, no resuelve el problema en el caso colombiano y latinoamericano porque existe un solapamiento ineludible de lo cultural con lo racial, además del riesgo que comporta la naturalización o esencialización de las diferencias culturales (ver al

¹ Por supuesto, también entran en juego otras dimensiones sociológicas que afectan tanto lo racial como lo étnico, además de la clase, en la medida en que las relaciones entre hombres y mujeres (relaciones de género), las generaciones y grupos etáreos y las orientaciones sexuales inciden a la vez en los grupos étnicos, raciales y en las mismas clases sociales.

respecto, el capítulo 5). Esto puede conducir a ciertas formas de “racismo cultural” subrepticamente escondidas en algunos de los discursos multiculturalistas radicales¹. Por lo tanto, es más saludable mantener una perspectiva reflexiva que, primero, no confunda las dimensiones racial y étnica, ni pretenda eliminar una en provecho de la otra; segundo, que desnaturaliza y des-esencializa tanto los grupos étnicos como las clasificaciones raciales, abordando la producción de las diferencias “étnico-raciales” como procesos históricos, con fronteras fluidas y móviles que tienden a interpenetrarse, ya que no existen grupos socioculturales “puros” ni poblaciones fenotípica o biológicamente “puras”. Todo lo contrario, son múltiples culturas en complejos procesos sociales de fusión e integración recíproca y una variación continua de colores de piel a partir de aportes biológicos diversos, a medida que los seres humanos se relacionan unos con otros a lo largo de varias etapas de la humanidad. Nosotros consideramos entonces que las dos nociones, etnia y raza, aluden a dos dimensiones no idénticas de la vida social que son altamente relacionadas. La primera está más relacionada con la construcción de manifestaciones socioculturales que distinguen a una población respecto a otra, la segunda, con las clasificaciones fenotípicas arbitrarias que también establecen diferencias entre los individuos y grupos humanos. En este sentido, ambas nociones son objeto legítimos de análisis cuando se estudian las poblaciones indígenas y afrocolombianas, eso sí advirtiendo los riesgos de caer en un esencialismo cultural (al asumir la cultura como atributo natural y puro de una población determinada) o racial (como resultado de la reificación de las categorías émicas).

Lo anterior, nos conduce, además, a distinguir la discriminación *indirecta* de la *directa*, como dos expresiones del racismo². La discriminación “étnico-racial” *indirecta*, en contraste con la *directa* (apoyándonos en

¹ Este fenómeno es frecuente en el campo político e ideológico de los movimientos sociales “étnico-raciales”, al hacer una inversión opuesta del estereotipo dominante racista, dándole un valor de afirmación positivo, a través de un mecanismo de naturalización, que excluye los fenotipos o las manifestaciones culturales que se apartan de un canon de pureza arbitrario (racial o cultural) del grupo subalterno. Curiosamente estas manifestaciones ideológicas radicales comparten elementos en común con aquéllas que asignan atributos culturales, como un fenómeno de naturaleza humana, a determinados grupos humanos, según características fenotípicas, de origen geográfico o creencia religiosa, los cuales serían incompatibles con los de los grupos poblacionales mayoritarios, tesis predominantes en los discursos de la extrema derecha europea. En ambos casos las “culturas” o las “razas” son manifestaciones irreductibles y por los mismo irreconciliables.

Simon y Stavo-Debauge, op.cit.), no tiene como soporte una intencionalidad individual o colectiva explícita (por ejemplo, jurídico-institucional), sino que su sostén son las “costumbres” y “tradiciones”, conceptualización de gran utilidad para analizar el fenómeno de los países latinoamericanos. En otras palabras, se trata de un imaginario colectivo que opera inconscientemente y afecta los distintos espacios de la vida cotidiana y pública, no obstante el enunciado del principio universal de igualdad de tratamiento y oportunidades, que ha sido consignado en la mayor parte de las constituciones republicanas de estos países a lo largo de los siglos XIX y XX. Nuestra hipótesis es que en países como Colombia y Brasil, a partir de la abolición de la esclavitud, este tipo de discriminación ha sido la predominante, sin excluir eventos de discriminación directa, pero siendo éstos más afines con los contextos norteamericano o del *apartheid* sudafricano. Así, el concepto de discriminación indirecta permite valorar mejor las desigualdades acumuladas a lo largo de la historia de las estructuras sociales colombianas. El aislamiento territorial de las poblaciones negras e indígenas, en el contexto de una geografía y jerarquías sociales racializadas (Wade, op. cit.), heredadas de los períodos esclavista colonial y republicano¹, ha sido el soporte de una discriminación indirecta, cobijada en la ideología del mestizaje. Por ello, el color de piel o una determinada orientación cultural o de origen territorial tiene, hasta hoy en día, debido a la acumulación histórica de carencias de capital patrimonial, cultural, escolar, social y simbólico, un efecto discriminatorio. Su análisis no requiere entonces del supuesto de una intencionalidad racista de los actores. Es el resultado de un proceso histórico mediante el cual, los que condensan las mayores carencias de recursos y capitales acumulados,

² Por “racismo” entendemos el dispositivo colectivo de naturalización arbitraria de las diferencias físicas o culturales, mediante los procesos de percepción y representación social, que degradan o envilecen a un grupo humano respecto a otro con distintos grados de severidad (las diversas modalidades de exterminio, con base en criterios racistas, que conoce la humanidad son las más extremas). La estigmatización individual y colectiva “étnico-racial” es el corazón del racismo y sus prácticas discriminatorias. La mayor parte de las veces, el racismo combina, no necesariamente de forma conciente, la apariencia física con un origen étnico, éste último a partir de atributos culturales, que se suponen diferentes a los del conjunto de la población en una sociedad. En este sentido, el racismo está asociado a la existencia de estereotipos de sentido común, que son también las raíces de la discriminación indirecta en la que hay ausencia de intencionalidad.

¹ En Brasil serían las etapas esclavistas colonial y monárquica. Es durante el imperio de Pedro II que se da la abolición de la esclavitud (1888). El pronunciamiento de la república en 1890 tiene que ver, entre otros factores, con el levantamiento de las élites terratenientes contra el compromiso de la monarquía con las posturas abolicionistas.

como es la situación de los grupos étnico-raciales subordinados, enfrentan a la vez una mayor discriminación indirecta.

• ***En busca de “estadísticas afrocolombianas”: de lo étnico a lo socio-racial***

Como hemos visto anteriormente, al modelo multicultural de la Constitución colombiana de 1991, corresponde el término “comunidades negras” acuñado en la Ley 70. Se trata, exclusivamente en principio, de comunidades negras de las zonas rurales ribereñas de la cuenca del Pacífico, las cuales son caracterizadas como descendientes de los “pueblos de libres” y de negros cimarrones refugiados en la selva húmeda del Pacífico colombiano¹. Sin embargo, como veremos ahora, el término étnico-territorial de comunidad negra será hecho extensivo a los demás territorios de la sociedad nacional para captar poblaciones urbanas y rurales que supuestamente se identificasen con una identidad ancestral.

En efecto, debido a este interés político reciente, ha aparecido muy rápidamente una nueva demanda de información estadística que tome en cuenta el componente “étnico” afrocolombiano; y así va a emerger dicho componente en los datos estadísticos en Colombia. Veamos, en el mismo año de la emisión de la Ley 70 el censo de 1993 lo introdujo en la pregunta de auto declaración étnica para toda la población, al lado de los grupos indígenas². Con ello se buscaba resolver el problema de su invisibilidad estadística a partir de unas características territoriales y culturales que supuestamente configurarían una etnia. En este primer intento de acercamiento a la auto declaración de pertenencia étnica³,

¹ Aunque la región del Litoral Pacífico colombiano ha sido históricamente una de las más aisladas geográficamente, manteniéndose una población negra menos mestizada que en otras regiones del país, no pueden desconocerse los procesos de mestizaje a lo largo de su historia, por ejemplo, entre poblaciones indígenas autóctonas y la gente negra esclava y “libre”, configurando el tradicional “zambaje” (mestizaje racial negro-indígena), generalizado en algunas zonas del Pacífico, o el que se dio con alguna población blanca y mestiza del interior del país en menor escala.

² La pregunta fue la siguiente: «¿Pertenece...a alguna etnia, grupo indígena o comunidad negra?. 1.Sí. ¿A cuál? 2. No. ». Ver Formulario Censal 1 (Dane 1993: 58-61; 2000: 19).

³ El mismo censo de 1993 y algunos de los censos anteriores tenían un formulario particular únicamente para poblaciones indígenas en zonas rurales, organizadas en formas colectivas territoriales (resguardos), ya que lo étnico estaba asignado exclusivamente a lo indígena y lo rural. La tradición colonial, sobre todo en el siglo XVIII, clasificaba a la población con categorías raciales diversas, en las que la noción de “indio” constituía una de ellas. En la etapa colonial dichas categorías estaban combinadas con la condición de libertad (en el caso de antiguos esclavos que la habían obtenido, comprado o asumido en forma de cimarronaje), a través del término “libres”, amén de las expresiones étnicas del mestizaje elaboradas en ese período. Curiosamente,

como lo reconoce el propio Dane (2000: 19): «Hubo un sesgo hacia los indígenas, influido por los cambios constitucionales y sociopolíticos recientes, los cuales enfatizaban en la necesidad de su reconocimiento. Para aquellos que contestaron afirmativamente, pero no especificaron si pertenecían a un grupo indígena o negro, no se pudo establecer su diferencia. El modo como se formuló y codificó la pregunta no permitió diferenciar entre negros e indígenas. **Muchos negros no se consideran como grupo étnico...** (negrillas nuestras)». El resultado ya conocido es que la población censada como “negra” por el Dane fue de 502.343 personas, apenas un 1.52% del total (Dane, op. cit.: 14-15)¹. El mismo documento citado asume el fracaso de la pregunta étnica en el caso de las poblaciones afrocolombianas al mismo tiempo que mantiene una ambigüedad casi sistemática entre caracterización étnica y fenotípica de dicha población. Advierte, por ejemplo, de una manera que nos parece ingenua: «a pesar de que en municipios como Puerto Tejada (departamento del Cauca), donde podría considerarse que una gran proporción **es negra**, ningún habitante se **autorreconoció como negro...** (negrillas nuestras)» (op. cit.: 20). No sobra añadir que la pregunta no indagaba precisamente acerca de la auto declaración del color de piel.

Pero es que, según la Dirección de Censos del Dane, la auto clasificación por color de piel o características fenotípicas, presupone una naturalización de la “raza” (Dane, op. cit.:17). Sin embargo, el Instituto Brasileiro de Geografía y Estadística (Ibge), ha conservado este uso en los censos de población y en las encuestas de hogares (en portugués: *preto, pardo, branco, amarelo, indio, outro*)². Las categorías “raciales” en las estadísticas del Brasil se remontan a 120 años, desde la época imperial,

algunas de estas categorías, sin ya la referencia al término de “libres”, se reproducen en el censo de 1918, durante la primera hegemonía del partido conservador en el siglo XX, 65 años después de la abolición de la esclavitud. Pero a partir de los años 20 desaparece definitivamente todo vestigio de referencias fenotípicas en los datos estadísticos nacionales y sólo después de los años 50 surge un paulatino esfuerzo por contar las poblaciones indígenas, ya asumidas como grupos étnicos gracias a la influencia de la naciente antropología nacional.

¹ Como veremos en el capítulo 1, entre un 20 y 22% de la población del país hacia el 2001 (alrededor de 8.5 millones de personas), se estima que corresponde a población afrocolombiana, lo cual muestra la enormidad del sesgo en esta medición censal.

² En Brasil por el tipo histórico predominante de mestizaje, con una población indígena reducida y el dominio de la mixtura de “blanco” y “negro”, el término *pardo* hace referencia a ambas modalidades *mulato* y *mestizo*, distinguidas en otras sociedades como la colombiana. La otra designación étnica frecuente en Brasil para designar gente “mestiza” es el término *caboclo*, pero sin uso estadístico.

manteniéndose con variaciones a lo largo del siglo XX¹. A partir de 1980, su utilización ha cobrado una importancia creciente en la sociedad brasilera (Hasenbalg, 1996). Así, por ejemplo, las diferentes organizaciones negras en ese país, centros de investigación académica en los campos de la demografía, sociología, antropología, economía, historia y geografía, amén de los organismos gubernamentales, y las mismas entidades privadas de encuestas de opinión pública y mercadeo, han demandado la permanencia de estas categorías y propuesto modificaciones y adiciones para su estandarización. Una de las principales razones que aducen los investigadores brasileiros y los líderes del movimiento negro es que ha sido la única forma estadística de captar la desigualdad socio-racial (Hasenbalg, op. cit.).

Las limitaciones del enfoque “étnico” en el contexto colombiano son ampliamente analizadas por Barbary [1999a: 8-10] y Barbary, Ramírez y Urrea en el capítulo 6 del presente libro. Sobre los resultados del censo de 1993, estos autores concluyen: « estos dígitos demuestran el fracaso del enfoque étnico para medir la importancia demográfica de la población negra o mulata en Cali (y más generalmente en Colombia – sólo el 4.1% respondió la pregunta, apenas el 3.3% declaró pertenecer a alguna “etnia, grupo indígena o comunidad negra”, y únicamente el 1.5% a una “comunidad negra”-): no existe a escala nacional en la sociedad colombiana de hoy, un sentimiento de pertenencia étnica compartido y libremente declarado por grupos significativos de población ». Según los resultados del censo en Cali, por ejemplo, solamente un 0.5% de las personas se declararon pertenecientes a una “comunidad negra”, cuando por lo menos había alrededor de 116.000 inmigrantes provenientes de municipios con mayoría de población negra, o sea, para ese año el 7% de la población total de la ciudad. Estas últimas cifras llegaron entonces a constituirse en la única aproximación estadística disponible de la población afrocolombiana en la ciudad, antes de que llevamos a cabo nuestro estudio específico.

¹ Es claro que, en la época contemporánea, no se trata de la « raza » como atributo natural de orden biológico, sino de captar la construcción social de las diferencias fenotípicas a partir de categorías socio-históricas que proceden desde el período de la sociedad esclavista, y se han “conservado” en la larga duración de las memorias y representaciones colectivas. Para un análisis detallado sobre la tradición estadística brasilera de la variable « raza », véase Petruccelli (1993, 2000 y 2002).

Para el próximo censo de población, la Dirección de Censos del Dane pretende mantener los mismos criterios de identidad cultural con nuevas categorías “étnicas” y un orden nuevo en la pregunta¹. En realidad, la nueva pregunta combina criterios “étnicos” con fenotípicos. Las categorías *indígena, raizal del archipiélago, afrocolombiano o afrodescendiente y gitano*, son de corte “étnico”, mientras *negro-a, mestizo-a y blanco-a* son de corte fenotípico, así se quiera presentar bajo la modalidad “étnica”. Esta combinación, aunque pueda corregir parcialmente la subestimación de la gente negra que no se autoidentifica como ‘comunidad étnica’, seguramente no la suprimirá totalmente. De hecho, se pretende de nuevo visibilizar a las poblaciones negras de la misma forma que las poblaciones indígenas, cuando es poco probable que los habitantes urbanos negros (alrededor del 70% de la población afrocolombiana) se identifiquen masivamente con esta construcción étnica². El error analítico y metodológico que comete este tipo de acercamiento es intentar eliminar la dimensión racial - la apariencia física que como vimos antes tiene un peso específico en la construcción social de las diferencias-, en provecho de la dimensión étnica o cultural; es decir, a nuestro criterio, caer en una especie de reduccionismo cultural.

En síntesis, es difícil que los afrocolombianos puedan llegar a ser visibilizados en términos demográficos bajo una perspectiva de grupos

¹ La pregunta de pertenencia étnica en el nuevo formulario versa así : « ¿.....se considera :

1. Indígena
2. Raizal del archipiélago
3. Afrocolombiano (a), afrodescendiente
4. Negro (a)
5. Gitano (a)
6. Mestizo (a) ó blanco (a)
7. Otro

En caso de responder la opción 1 (indígena) se le pregunta entonces, « ¿A cuál grupo o etnia indígena pertenece.....? »

(ver Formulario para Hogares Particulares, Censo Experimental – Rionegro (Antioquia), Dane, octubre del 2001).

² Por otra parte, esta ambigüedad entre identificación étnica y fenotípica es muy difícil que sea controlada y explicada al público por empadronadores no profesionales en un complejo dispositivo censal. Además, la pregunta tropezará con dificultades empíricas. En efecto, si bien no puede desconocerse que los términos de afrocolombiano-a o afrodescendiente (como afirmaciones identitarias de “negritud” participando de un proceso de autoestima y autoreconocimiento), son comunes a la dirigencia de las organizaciones afrocolombianas (conformada en general de profesionales con estudios superiores), sin embargo, la mayor parte de la gente negra que vive en ciudades y en zonas rurales no necesariamente asume este tipo de autoidentificación, con todo que el país lleve 10 años de Ley 70, la cual además tiene una circunscripción territorial muy específica.

étnicos, sobre todo porque el componente fenotípico es el que opera, particularmente en los contextos urbanos, mientras la dimensión “étnica” es una construcción contemporánea, todavía artificial o confusa para amplios segmentos de la población negra¹, fenómeno bien diferente al de las poblaciones indígenas.

• ***Las categorías fenotípicas de las encuestas Cidse-Ird (1998) y Cidse-Banco Mundial (1999)***

Alrededor de las identidades “étnicas” y “raciales”, productos híbridos de elaboraciones culturales, sociales y políticas, se juegan así procesos de interacción, de simbiosis o de confrontación entre diversos actores sociales. Las encuestas realizadas en Cali durante 1998 y 1999 buscaban una caracterización estadística de los actores de estos procesos, en particular los que se identificaban como negros y mulatos.

Algunas poblaciones se definen a sí mismas mediante clasificaciones arbitrarias étnicas - en determinados contextos históricos - con base en su apariencia física que terminan o no elaborando como pertinencia racial. Pero esta auto percepción depende interactivamente de la percepción que las poblaciones no negras tienen a su vez de las primeras, en la medida en que con mucha frecuencia tienden a definir las colectivamente como “negras”. Este juego de percepciones colectivas no está ajeno, además, a las condiciones económicas y sociales propias de los diferentes grupos poblacionales, en el contexto de unas relaciones de dominación. Estas tendencias sociales - válidas en diferentes sociedades - nos condujeron a aplicar a los individuos encuestados (y a lo que los individuos se aplicaban ellos mismos) una caracterización fenotípica en lugar de étnica. Por supuesto, esto no significa que nosotros le estemos dando a lo racial un substrato biológico o cultural, sino simplemente que buscamos captar, a partir de nuestras categorías de observación, las construcciones empíricas y semánticas soportadas en los fenotipos, que fabrican las

¹ Los brasileños ya han llevado a cabo múltiples evaluaciones al respecto, algunas de ellas sugeridas por organizaciones del movimiento negro, introduciendo criterios más de identidad “étnica” (por ejemplo, con la acepción de *negro-a* en lugar de *preto-a* y reuniendo en un solo grupo clasificatorio *negro* y *pardo*, bajo la consideración que el término étnico de « pardo » es despectivo), con el resultado que en las pruebas piloto la gente negra termina siendo subregistrada porque no se reconoce como un grupo “étnico negro” y tampoco todos se asimilan como « negros » o « pretos » sino que prefieren la acepción de pardos (en Colombia el equivalente más cercano es el de mulato-a), o sea, simplemente la gente autopercibe las diferencias de “colores de piel”, sin asociarlas con una identidad cultural o, incluso, una “raza” determinada.

divisiones, jerarquías y segregaciones de la población en los contextos sociales concretos.

La unidad principal de observación y análisis de las dos encuestas es el hogar. Y, por otro lado, necesitamos de una información equivalente para la población afrocolombiana y no afrocolombiana. Cada una de las dos encuestas, entonces, tiene una muestra compuesta de dos submuestras seleccionadas en dos poblaciones disjuntas, a las cuales se les aplica el mismo formulario. En la práctica, la distinción entre las dos categorías de hogares (afrocolombianos y no afrocolombianos) reposa en las siguientes definiciones:

1. Hogares afrocolombianos: hogares en los cuales, según la apreciación del encuestador, **al menos una persona del núcleo familiar principal** (el jefe del hogar, su cónyuge, uno de los hijos-as de los dos, o del jefe o cónyuge), **presenta características fenotípicas negras o mulatas.**

2. Hogares no afrocolombianos (u hogares de control): hogares en los cuales ninguna persona del núcleo familiar principal presenta características fenotípicas negras o mulatas.

Estas definiciones ameritan algunos comentarios. En primer lugar, no se trata, como en el censo de 1993, de auto percepción de pertenencia étnica, ni de una categorización del origen geográfico, a partir de los lugares de nacimiento de los individuos o de sus parientes. Nosotros partimos de una caracterización *fenotípica visible*, aplicada por los encuestadores, cuyo carácter arbitrario es el costo a pagar para acercarse a las categorías raciales del lenguaje común o étnico. De otra parte, clasificamos la población a partir de una característica del hogar y no del individuo, con una definición bastante amplia de “hogar afrocolombiano”. Queremos así extender el análisis a una extensa gama de situaciones de mestizaje (hogares mixtos¹). Pero, más allá de su uso para definir el universo de referencia en las dos muestras, la caracterización de los hogares no es atribuible mecánicamente a los individuos o miembros de esos hogares. De hecho no lo es, ya que todas las personas presentes en el momento de la visita del encuestador son caracterizadas individualmente por éste,

¹ En la mayor parte de estas situaciones de mezclas (todas aquellas que se dan en el seno del núcleo familiar principal), el hogar es clasificado como afrocolombiano; lo cual hay que tomar en cuenta como otro aspecto arbitrario en el transcurso del análisis.

asignándole al encuestado un fenotipo entre cinco categorías que presentan un amplio consenso semántico en Cali: *negro*, *mulato*, *indígena*, *mestizo*, *blanco*¹. Además, se dispone para una submuestra representativa de la población adulta de los hogares², de su respuesta a una pregunta abierta de auto declaración del color de piel, la cual permite análisis cruzados con la caracterización de los encuestadores, así como la comparación con la auto declaración de pertenecía étnica en el censo de 1993 (ver capítulo 6).

El reconocimiento de los grupos étnicos en una sociedad como la colombiana no debe subsumir la presencia de otra desigualdad de tipo socio-racial, la cual no puede ser detectada y analizada sino a través de categorías estadísticas. Por otra parte, lo que hoy se denomina “grupo étnico” por lo general también esconde un componente fenotípico, asociado o no a elementos culturales. La forma de combatir la discriminación racial, que también han sufrido las poblaciones de ascendencia amerindia, y avanzar en una sociedad donde todos seamos ciudadanos con igualdad de oportunidades consiste también en conocer cómo operan los mecanismos de la desigualdad a través de las clasificaciones raciales arbitrarias y los fantasmas colectivos que las animan. No debido a que existan “razas” biológicas sino porque en las sociedades operan mecanismos o dispositivos colectivos conscientes o inconscientes que discriminan a los individuos según su apariencia física. En el caso de la población negra la dimensión socio-racial es un factor histórico que hoy en día sigue gravitando negativamente para alcanzar una ciudadanía plena en el país. Esta problemática sin que se niegue también su incidencia en las zonas rurales de mayor concentración histórica de poblamiento negro, es predominante en los contextos urbanos. Por lo mismo, la visibilidad de la gente negra, cada vez más

¹ Los adjetivos *negro* y *mulato* en su acepción fenotípica expresan una ascendencia africana, dominante en el primer caso, combinada con una ascendencia indígena o europea en el segundo. La categoría *indígena* se aplica a los *indios* “puros” (hoy en día bastante minoritarios en Colombia). La expresión *mestizo* cubre el conjunto de mezclas de población indígena, europea y africana, sin que los trazos específicos de una u otra dominen (es la categoría racial más numerosa). La expresión *blanco* está reservada a los fenotipos europeos. Sólo se permite esta asignación si el encuestador ha podido observar visiblemente a los miembros del hogar, los ausentes al momento de la visita se quedan sin información.

² Un individuo de 18 años de edad o más en cada hogar, el cual contesta la parte biográfica de la encuesta (véase la descripción del contenido del cuestionario en el anexo metodológico).

urbana, pasa por darle al factor “color de la piel” una utilidad estadística y sociológica para acercarse al fenómeno de la desigualdad social.

• ***Las ambigüedades de las políticas “étnico-raciales” en Colombia***

La movilización social y política en sectores afrocolombianos de los últimos 10 años ha tenido lugar en un contexto geográfico, socioeconómico e institucional profundamente modificado por la veloz integración de los llamados territorios afrocolombianos del Pacífico a la economía global, bajo modalidades económicas nacionales e internacionales y la expansión de los diferentes consumos culturales de los medios masivos de comunicación. Por otra parte, la urbanización masiva de estas poblaciones, procedentes de la región Pacífica y de otras regiones de asentamientos de población negra en el país, coloca esa movilización y las reivindicaciones que conlleva en una cierta tensión entre dos paradigmas: por una parte, el respeto de una especificidad económica y cultural y la protección territorial y ecológica de la región del Pacífico (elementos consignados en la Ley 70 de 1993); por otra parte, la lucha contra el racismo y para el derecho a la igualdad de acceso a los diferentes mercados, en particular urbanos, de residencia, educación, trabajo, etc. (ver capítulos 1 y 6). En el estado actual la Ley 70 privilegia obviamente la dimensión étnica-territorial y sólo puede tener un desempeño en determinados espacios rurales, mientras el grueso de la población afrocolombiana vive en las ciudades (ver capítulo 1).

A pesar de que ha sido históricamente su espejo, hoy en día la etnicidad de los grupos indígenas juega un papel menor como referente político en la construcción identitaria de las “comunidades negras”. En Colombia, contrariamente a otros países latinoamericanos (México, Guatemala, Bolivia, Ecuador, por ejemplo), los indígenas no han desempeñado un papel importante como actores sociales urbanos. Las dos principales razones son su débil peso demográfico a nivel nacional (estimado en menos del 3%, ver capítulo 9) y el hecho que mantienen la residencia en sus territorios rurales “ancestrales”, de tal modo que las principales reivindicaciones a partir de los años 70 han sido la recuperación de territorios y la autonomía de los mismos como bases de la identidad étnica indígena¹.

¹ Aunque esto puede estar cambiando recientemente con la organización de cabildos indígenas en varias ciudades de Colombia, entre ellas Bogotá, Medellín y Cali, debido a la presencia de contingentes indígenas de diversas procedencias en actividades urbanas y su inserción progresiva

En cuanto a las poblaciones afrocolombianas, algunas organizaciones urbanas tímidamente han comenzado a demandar reivindicaciones pertinentes al acceso en el sistema educativo a los niveles secundario y universitario, y programas de salud y vivienda, pero aún se está distante de un discurso que combine claramente la problemática de integración, a través de la conquista de los derechos de ciudadanía plena versus las formas empíricas de exclusión social, resultantes de la discriminación por el color de piel que soportan en los diferentes mercados. Pensamos que muchos de los resultados presentados en este libro ilustran la necesidad de reformular este debate en términos nuevos y buscar una solución al desequilibrio del dispositivo constitucional y legal entre los contextos rurales y urbanos y, sobre todo, entre dos problemáticas, la del respeto a la diversidad étnica y cultural articulada con la protección territorial y ecológica, actualmente dominante, y la que, si bien no es nueva ni nada específica del contexto colombiano, nos parece todavía insuficientemente debatida y explícita: la de la integración de las “minorías étnico-raciales” en los espacios concretos de la sociedad colombiana, en igualdad de condiciones y oportunidades de acceso a los recursos.

en las universidades públicas y privadas. Así, a lo largo de los años 90, el aumento de la presencia urbana de poblaciones indígenas, incluso ecuatorianas, ha venido impulsando poco a poco reivindicaciones típicamente urbanas: educación, salud, vivienda en algunos casos, etc.